

Pilar Zapata

EL HOSITAL

(Comedia negra en cinco Actos)

PERSONAJES

ISIDRA: *de unos cincuenta años, algo tosca.*

CRUZ: *anciana, elegante y estirada.*

MARY LUZ: *de unos treinta, pavisosa.*

CARTERO: *cincuentón, un tanto achulado.*

CÉSAR: *señorón, de unos sesenta años.*

MENDIGO: *sobre los cuarenta. Flaco y menudo.*

SARGENTO: *joven profesional sobrado.*

COSME: *viejecito decrepito.*

EULOGIO: *de mediana edad. Alto y fuerte.*

SONSOLES: *de mediana edad.*

VOZ de HOMBRE: *en dos ocasiones.*

La obra está pensada para seis actores, que se pueden dividir así los papeles:

ISIDRA

CRUZ

MARY LUZ - SONSOLES

CARTERO - SARGENTO

EULOGIO - CÉSAR

COSME_ - MENDIGO

ESCENARIO SUGERIDO para los cinco Actos:

Estaría dividido en tres partes:

A la izquierda, y ocupando un tercio largo del escenario, la portería, de modo que se vea su interior: pegado a la pared de la izquierda, un mueble con estantes en el que hay un teléfono y un televisor cuya pantalla queda de perfil al público, y por tanto invisible para éste. Además, varios objetos necesarios para el desarrollo de la función: un mando a distancia, unas tijeras, un rollo de cinta adhesiva, unos pañuelos de papel, una libreta y un bolígrafo. Ante la estantería, ocupan el resto de la portería una mesa camilla con dos sillas descabaladas. Al fondo, una cortinilla siempre echada, que da paso al resto de la vivienda, y a la derecha está la puerta que comunica con la escalera.

En el centro, asimismo ocupando más de otro tercio del escenario, la entrada a la casa: en primer plano, el portal, frente al público. Tres escalones suben hasta el segundo plano, que se divide entre el ascensor, a la izquierda, y un tramo de escaleras que se interrumpe en el primer descansillo. Tras este tramo hay una escoba.

A la derecha, en el espacio restante, la calle, de la que sólo se ve un trozo de acera y un farol.

ACTO I

ISIDRA- (*Entra en el portal, se quita el abrigo, y pasa a la portería. Desde allí mira a la calle. Refunfuñando.*) ¡No sé qué pintan por aquí las sobrinas de doña Micaela! ¡Ni que hubieran venido siguiéndome desde el notario! Y una de ellas se ha quedado de piedra al ver a Mary Luz, que bajaba con su padre. ¡Como si la chica fuera un fantasma...! En fin, allá ellas con sus penas, que yo voy a servirme una copita para celebrar mis alegrías. (*Junta las manos en éxtasis.*) ¡No me acabo de creer que la casa de doña Micaela sea para mí! (*Se mete tras la cortinilla y sale con una taza en la mano. Da un sorbo.*) Cuando me llegó el aviso de la notaría, pensé que la pobre me habría dejado alguna alhajita de recuerdo por el cariño que me tenía, pero... ¡su casa...! ¿Cómo me lo iba a imaginar? (*Señala la escalera hacia arriba.*) ¡Su piso, el cuarto derecha, donde ella vivía! Me ha entrado tanta congoja al enterarme que, más que una herencia, parecía que me hubieran dado un golpe en el pecho.

(*Da otro sorbo.*) ¡Ay, qué rico está este vino! Qué lástima tener que bebérmelo en taza como si fuera un café, pero así cubro las apariencias, por si pasa alguien... Tengo que aprovechar que hoy es el día que me toca beber. (*Bebe otro trago.*) Y las sobrinas, ¡vaya unos morros que tenían! Venga a preguntar las dos que si eso era legal, y el notario, que sí, aunque se notaba que a él tampoco le hacía ninguna gracia el testamento. Y al abogado de ellas, menos aún. No había más que ver cómo me miraban todos, pasmados de que las cosas no se hicieran como Dios manda. Y es que Dios está siempre del lado de los ricos... Pero esta vez se ha despistado, y el cuarto derecha es enterito para mí. ¡Un piso tan hermoso, con su sol en todas las ventanas, y no como este agujero de la portería! (*Alza la taza como en un brindis. Emocionada.*) ¡Por usted, señorita Micaela! Yo no creo en el cielo ni en esas zarandajas, pero ya que usted tenía ese capricho, ojalá haya encontrado allí un huequecito azul... (*Mira la taza.*) Voy a ponerme otro vino... (*Vuelve a meterse tras la cortinilla.*)

CRUZ- (*Da tres golpes imperiosos en la puerta abierta de la portería. ISIDRA sale, dejando la taza sobre la mesa.*) ¡Isidra ¿Dónde estaba usted? ¿No ha visto a las sobrinas de doña Micaela, dos señoras de mediana edad, una de verde y la otra de rojo?

ISIDRA- (*Cortada.*) Me ha parecido verlas, sí...

CRUZ- (*Irritada.*) ¡Le ha parecido! Su obligación es preguntar a todo el que atravesase el portal, pero como se esconde usted ahí dentro... Si viene mi herma..., si viene doña Pacita, dígame que ya no puedo esperarla más y que me voy a comprar unas cosas. Y esté usted atenta por si mi cuñado..., por si don Ildefonso necesitara algo. He dejado la ventana del patio abierta para que pueda oírle.

ISIDRA- (*Con segundas.*) Yo creía que doña Pacita se había quedado con usted para hacerle compañía, después de la muerte de su marido de usted...

CRUZ- De don Guzmán.

ISIDRA- Eso. Pero no para ni un minuto en casa...

CRUZ- También tiene que distraerse la pobre y como don Ildefonso no puede moverse...

ISIDRA- (*Burlona.*) O sea, que ha pasado usted de cuidar a su marido, con perdón, a don Guzmán, a cuidar a su cuñado, perdón, a don Ildefonso...

CRUZ- (*Estirada.*) Ésas son cosas que sólo nos atañen a doña Pacita y a mí. (*Olisquea el aire.*) ¡Qué mal huele aquí! ¡Apesta a alcohol...! (*Se acerca y mira la taza de vino sobre la mesa.* **ISIDRA** *la sigue, llevándose las manos a la boca, asustada.*) ¡Vaya un café que toma! ¡Qué pinta de aguachirri! (*La mira fijamente.*) Por cierto, ¿no será verdad eso de que ha heredado usted el piso de doña Micaela?

ISIDRA- Es verdad, sí señora.

CRUZ- (*Asombrada.*) ¿Y cómo es que se lo ha dejado a usted?

ISIDRA- Me tenía cariño la mujer...

CRUZ- Ya, ya... ¿Y qué va a hacer con él? ¿Venderlo?

ISIDRA- (*Se encoge de hombros.*) Si me viera forzada... Pero, por mi gusto, no.

CRUZ- Pues eso es lo que más le conviene. ¿Tiene usted sepultura o panteón familiar?

ISIDRA- No, señora.

CRUZ- ¿Ni un huequecito en la tumba de su marido?

ISIDRA- (*Impaciente.*) Es que no soy viuda, sino separada. Ya se lo he dicho a usted mil veces. Mi marido sigue vivo, y si se muriera, no creo yo que me hiciera un hueco. (*Agresiva.*) Está liado con otra, ¿sabe?

CRUZ- (*Dando un manotazo al aire, para espantar semejante indecencia.*) Bueno, bueno. Como acabo de pasar por la experiencia de la muerte de don Guzmán, le aseguro que es muy necesario contar con una sepultura cuando se presenta el caso. Es una inversión ideal para el dinero que le den por el piso. Además, tiene usted una hija, ¿no?

ISIDRA- Dos.

CRUZ- (*Ignorando la puntualización.*) Y a ella también le llegará su día desgraciadamente...

ISIDRA- ¡Pero si la mayor acaba de cumplir veinticinco...!

CRUZ- Pues ya no es ninguna niña. Y el tiempo pasa volando. ¡Mire, si no, al pobre don Guzmán! ¡Quién se imaginaba que se fuera a morir!

ISIDRA- ¡Vaya una comparación, doña Cruz! Además, de momento no pienso vender el piso. Y menos para comprarme una tumba.

CRUZ- ¿Ah, no? Entonces dejará usted la portería, porque no pretenderá seguir siendo la portera y a la vez miembro de la comunidad de propietarios. ¡Quedaría rarísimo!

ISIDRA- ¡Qué más quisiera yo que dejarla! Pero de algo tengo que vivir...

CRUZ- (*Sin escucharla.*) No se preocupe, que los vecinos ya nos apañaríamos. Entre el portero automático, y esa chica, Socorro, que venga a darle un repaso a la escalera...

ISIDRA- Se llama Sonsoles, y está interna con las sobrinas de doña Micaela. (*Muy seria.*) Y además: yo pienso seguir en mi puesto. Le recuerdo que tengo un contrato.

CRUZ- (*Baja las tres escaleras del portal.*) ¡Qué insolencia! Si como portera se pone usted tan impertinente, habrá que verla como propietaria... Y mire por ahí, que debe de haber alguna cañería rota. ¡Vaya una pestuza! (*Sale a la calle, y del escenario.*)

ISIDRA- ¡Qué rabia le da a esta mujer que no vivamos en el tiempo de los esclavos! ¿Tendré que seguir llamándola “señora”, si voy a ser una vecina más? (*Pensativa.*) Lo que no sé es que voy a hacer con el piso... Debería sacarle algún provecho, pero no quiero alquilarlo, porque sería como si ya no fuese mío... (*Se anima de repente.*) ¡Podría montar un hostel! (*Se oye ruido de sirenas de policía y ambulancias.*) ¡Un hostel, eso es! Y si funciona medianamente bien, y saco de él para vivir, dejaré la portería. (*Cada vez más contenta.*) No tendré que pasarme la vida en este cuchitril, atenta a todo el que entra y sale, como si fuera la monita de las reverencias...

(*Arrecian las sirenas. ISIDRA se asoma a la calle y estira el cuello hacia la derecha, para mirar.*)

ISIDRA- ¡Madre, la que se está montando en la esquina! ¿Qué habrá pasado? De buena gana me acercaba a ver, pero ¿y si vuelve doña Cruz de repente y se encuentra la casa sola? (*Se acerca el CARTERO con su carro por la izquierda, y le da un empujoncito amistoso. ISIDRA se sobresalta.*) ¡Cayetano! ¡Qué susto! ¡No te había visto! (*Señala a la derecha.*) ¿Qué ha habido ahí, un accidente?

CARTERO- ¡Peor! Ha aparecido una mujer muerta en “La Cueva”.

ISIDRA- ¿En el bar de Eulogio? Pero ¿cómo?

CARTERO- (*Asiente.*) Ha muerto o la han matado. (*Le pasa el brazo por la cintura.*) Tan cierto como que yo estoy aquí... (*Le lanza una mirada incendiaria.*) Contigo.

ISIDRA- (*Se suelta.*) ¿Una mujer de aquí, del barrio?

CARTERO- Eso ya no lo sé. Y no te me escapes, que te traigo cartas... (*Abre el carrito y le tiende unos cuantos sobres sujetos con una goma.*)

ISIDRA- (*Los coge.*) No serán para mí.

CARTERO- Pues mira, sí que hay una. Te la he puesto la primera. (*Zalamero.*) ¿Quién te escribe a ti, prenda?

ISIDRA- (*Rechazándole.*) ¿Y a ti, qué te importa?

CARTERO- ¡Mujer, dime quién es...! Después de tanto tiempo detrás de ti, es lo menos que me debes.

ISIDRA- Ya lo habrás visto tú.

CARTERO- No, porque no trae remite.

ISIDRA (*Vivamente.*) ¿No trae remite? (*Saca la primera carta del fajo y la mira por detrás. Luego se la echa en el bolsillo.* Al **CARTERO**) ¿Qué miras?

CARTERO- (*Molesto.*) Nada, chica. ¡Hala, cómete la carta! Por la letruja, es de un analfabeto. ¡Todo mayúsculas! ¡Y parecen arañas!

ISIDRA- Pues para que lo sepas: no es analfabeto, sino griego. Como ellos tienen unas letras tan raras, se esfuerza en hacer las nuestras bien claritas, y por eso le salen así.

CARTERO- ¡Anda! ¿Y de qué conoces tú a un griego?

ISIDRA- Secretos que tiene una...

CARTERO- (*Con chunga.*) ¡Seguro! ¡Ése es tan griego como yo! ¡Será un primo tuyo del pueblo, que no sabe escribir! (*Coge el carro para irse.*) Me largo a seguir con lo mío. Ya me echarás de menos...

ISIDRA- Pues va a ser una novedad.

CARTERO- ¡Anda ya, mala mujer...! (*Se va.*)

(A lo largo del siguiente monólogo va menguando la luz, atardeciendo lentamente.)

ISIDRA- (*Se mete en la portería, deja el fajo de cartas en la mesa y saca la suya del bolsillo. Con arrobó.*) ¡Dimitris! (*La mira por delante y por detrás, sin abrirla.*) ¿Desde dónde me escribirá? ¡Como va de un lado a otro,

según le lleven con el barco...! (*Huele el sobre.*) Aún huele a sal, y el azul de la tinta parece un hilito de mar... (*Suspira.*) ¿Quién iba a decirme la tarde que le conocí que le iba a echar tanto de menos? Si al principio no sabía cómo quitármelo de encima, porque empezó a preguntarme cosas de Madrid, y yo tenía que pasarme por la tienda a comprar vino, y veía que me iban a cerrar... ***La tienda que me venía tan a mano si me quedaba sin reservas, y que ahora es un gimnasio que no me sirve a mí de nada... Pero a lo que iba:** había algo en ese hombre, una paz, una dulzura, que se me contagiaron. “El greco”, como él decía, que fue entonces cuando me enteré de que al Greco le llaman así porque también era griego. Y de Creta además, de la misma isla. Siempre había sido marinero, y me contó que había echado los papeles para volverse al mar, pero como trabajaba de guardia aquí en su embajada, pensé que se quedaría... ¡Anda que no me dio fuerte...! ¡Si fue por él por quien me hice el propósito de beber sólo un día de cada dos...! Y es que aquella noche me emborraché, y me tuvo que llevar del brazo para ayudarme a andar derecha, y me dio tanta vergüenza de que me viera así que me dije: “Si éste me llama mañana, no vuelvo a probar el alcohol”. Y a tanto no llegué, pero conseguí no beber más que un día sí y uno no. Que no es poco, acostumbrarse a beber sólo los días pares de la semana, y los nones... pues nones, y el domingo de propina. Pero desde entonces lo he ido cumpliendo, aunque sea a trancas y

barrancas y sin saber muy bien por qué, porque en septiembre Dimitris se marchó, y sin embargo aquí sigo yo aguantando... (*Suspira hondamente, y mira el sobre.*) Y ¿qué me dirá? A lo mejor se ha cansado ya de dar vueltas por el mundo como un trompo, y se vuelve conmigo... Todo podría ser, porque me aseguré que no estaba casado, y al despedirse me dijo que nunca me olvidaría... ¡Aunque vete tú a saber...!

(*Ya ha oscurecido. Se enciende el farol.*)

CÉSAR- (*Llega de la calle. Animoso.*) Buenas tardes, Isidra. (**ISIDRA le sonrío.**) Oiga, ¿qué ha pasado en el bar de la esquina, que hay una furgoneta de la policía?

ISIDRA- (*Sale de la portería.*) Dicen que ha aparecido muerta una mujer...

CÉSAR- (*Sin interés.*) ¡Pobre! Por cierto, ¿la puedo molestar un momento? (*Carraspea.*) Vengo de una conferencia, que me ha hecho pensar mucho...

ISIDRA- (*De mala gana.*) Si es sólo un momento... Iba a sacar las basuras.

CÉSAR- (*Saca una foto del bolsillo y se la enseña, orgulloso.*) Mire: es mi hijo.

ISIDRA (*Para sí.*) ¡Su hijo, dice el pobre! (*Se acerca y mira.*) ¡Huy qué guapo! ¿Hace poco que le ha visto?

CÉSAR- Le veo casi a diario. (*Guarda la foto.*)

ISIDRA- (*Recelosa.*) O sea, que sigue tratando usted a la señorita Avelina...

CÉSAR- (*Carraspea.*) Verá: como le digo, vengo de una conferencia la mar de interesante sobre los mitos de las madres vígenes. La he dado yo mismo, pero no me considero inmodesto al juzgar su contenido del mayor interés... Igual que Nuestra Señora, que concibió por obra del Espíritu Santo...

ISIDRA- Disculpe, don César, pero tengo que hacer, y eso que me va a contar usted ya me lo sé. De chica me leí el Evangelio mil veces... Como nos obligaban en la escuela...

CÉSAR- Lo que quiero saber es qué opinión le merece desde un punto de vista humano. Piense por un momento que no es usted creyente... Si se hubiera visto en el caso de la Virgen, embarazada, y naturalmente sin haber tenido relaciones, ¿a qué lo habría achacado?

ISIDRA- (*Pasmada.*) ¡Es que eso no podría ser!

CÉSAR- Cosas más raras se han oído...

ISIDRA- A mí no se me ocurre ninguna, señorito. (*Le mira a los ojos.*) Pero usted, ¿de quién me habla? ¿De la Virgen o de doña Avelina?

CÉSAR- (*Interrumpiéndola.*) De la Virgen, como un ejemplo...

ISIDRA- ¡Qué quiere que le diga, don César! Con lo mal pensada que es la gente, ¡imagínese cómo la pondrían en su pueblo antes de que se supiera que iba a ser la madre de Dios! ¡Y lo que se reirían del pobre San José...! Porque a nosotros nos ha llegado la historia ya arreglada, pero ¡habría que lo que tuvo que oír el hombre hasta que se aclarase el asunto...!

CÉSAR- Bueno, pero él no era un hombre corriente. Era un santo.

ISIDRA- Pero nosotros somos personas normales, y milagros como ése no ocurren hoy en día. Si una mujer se queda preñada es porque antes le ha dado una alegría al cuerpo, con perdón. (*Con ironía.*) Menos en el caso de la Virgen. Lo de doña Avelina es diferente. Doña Avelina tuvo un... un tropezón, como nos puede pasar a cualquiera. No calculó bien, y nació el niño, que, por las fechas no podía ser de usted, porque usted se pasó dos meses escayolado de cintura para abajo. Y eso es todo: no hay que buscarle tres pies al gato, y se lo digo por su bien. Ahora, si me permite, tengo mucha faena... ¡Buenas noches! (*Entra en la portería.*)

CÉSAR- (*Abre la puerta del ascensor y entra. Tristemente.*) Buenas noches, Isidra...

ISIDRA- (*Sale con la misma taza de antes. Se asoma a la calle y manotea.*) ¡Este don César, con la fama que tiene de sabio, a veces parece tonto de remate! Vale que siga tratándose con su mujer, aunque le puso los cuernos con otro, pero ¡quererse convencer de que el hijo del otro ha venido de las nubes...! Al final vamos a tener que honrar a doña Avelina como a la Inmaculada... Se conoce que ella echa de menos lo recogidita que estaba aquí con él, y anda engatusándolo para volver. (*Se abrocha la chaqueta.*) ¡Como refresca ya a estas horas! (*Mira al cielo.*) ¡Y va a llover! (*Mira hacia la calle y señala entre bastidores.*) Ahí sigue ese pobre mendigo, que desde que le cierran los soportales del gimnasio, pasa las noches al sereno... Pensándolo bien, no es justo que ese hombre pase la noche mojándose en la calle, cuando yo tengo una casa enterita y sin usar... (*Da un sorbo y deja la taza en la mesa. Dudando.*) ¿Y si...? Total, el piso está vacío, y por una vez... Además, éste lleva mucho tiempo pidiendo a la puerta de la parroquia y, si los curas se lo permiten, es que debe de ser un bendito... Claro que entonces, ¿por qué no se lo llevan ellos a dormir a la iglesia, que bien grande que es? (*Pausa.*) Pues porque los curas no están borrachos y yo sí. En fin, vamos a preguntarle, que ya empieza

a caer agua... (*Sale a la calle y se mete entre bastidores, mientras puede caer una lluvia ligera, que no es imprescindible.*)

VOZ de ISIDRA- (*Entre bastidores.*) ¡Oye! ¡Oye, despierta! Vengo a decirte que, si quieres, puedes dormir en un piso que hay vacío en la casa, para que no te mojes...

VOZ del MENDIGO- (*Entre bostezos.*) ¿Qué dice? ¿En qué casa?

VOZ de ISIDRA- Ahí, en el número cinco. Sólo por esta noche, ¿eh? Como llueve...

VOZ del MENDIGO- (*Agresiva.*) Y tú, ¿quién eres?

VOZ de ISIDRA- La portera. Mira, mira, va a caer una buena... Vamos...

VOZ del MENDIGO- Esto ¿es una broma..., o una trampa?

ISIDRA- (*Aparece en escena, hablando a alguien que queda entre bastidores.*) Haz lo que te parezca. Yo te lo ofrezco con toda mi buena fe, pero no te voy a obligar...

VOZ del MENDIGO- ¡Espera!

(Sale el MENDIGO, que va tirando de un camastro de cartones, tropezando con él, y dejando la calle sembrada de pedazos de cartón y trocitos de goma-espuma.)

ISIDRA- Pero eso te lo tienes que dejar aquí. ¡Buena me vas a poner la escalera si no!

MENDIGO- *(Decidido.)* Yo no me separo de mi cama por nada del mundo.

ISIDRA- Venga, anda, pasa... *(Le cede el paso. El MENDIGO entra en el portal, arrastrando el camastro. ISIDRA le sigue y abre el ascensor.)* Sube. *(El MENDIGO monta, y se queda esperando con la puerta abierta. ISIDRA entra en la portería, y coge un manojo de llaves. A media voz.)* ¡Ay, que me parece que esto que me estoy metiendo en un berenjenal...! Pero ¿cómo iba a dejarle ahí tirado? *(Sale y le da una llave al MENDIGO.)* Ten la llave. Es el cuarto derecha. Cuarto derecha: no vayas a equivocarte, que si intentas abrir la puerta de la izquierda le vas a dar un susto de muerte al señor que vive allí. Y cuando bajes mañana a la calle, espera a que no haya nadie en la escalera.

MENDIGO- ¿Tú no subes conmigo?

ISIDRA- Yo bastante he hecho ya por hoy con lo que estoy haciendo ahora.

MENDIGO- (*Cierra la puerta del ascensor, pero vuelve a abrirla al instante.*) Oye, ¿esto no será una trampa? ¡A ver si me voy a buscar un lío con la pasma...!

ISIDRA- (*Cansada.*) Pues entonces no subas. Trae la llave, anda, que ya me estoy arrepintiendo.

MENDIGO- No, no. Dime: ¿a qué hora es el desayuno?

ISIDRA- (*Irritada.*) ¿Qué te crees? ¿Qué estás en un hotel? (*El MENDIGO cierra la puerta y se oye rechinar el motor del ascensor al subir.*) ¡Ay, que no debería dejarle subir! Como se entere doña Cruz me pone de patitas en la calle, y con toda la razón. (*Suspira.*) Bueno, a lo hecho, pecho. ¿No me daba tanta pena de él hace un ratito? ¡Pues eso! No se puede cambiar de opinión cada dos por tres. (*Coge la taza de vino y pega un buen sorbo.*)

ACTO II

(**ISIDRA** barre la calle. Aparece el **MENDIGO** por la izquierda, limpio y recién peinado.)

MENDIGO- Buenos días. Toma. (*Le da la llave.*)

ISIDRA- ¿De dónde sales? ¿No estabas arriba?

MENDIGO- He ido a hacer tiempo para que abrieras y devolverte la llave. Te lo he dejado todo recogido. Ya lo verás cuando subas.

ISIDRA- Eso espero. ¿No te habrá visto ningún vecino?

MENDIGO- No, aunque el viejo de enfrente debe de estar mosca, porque se ha pasado la noche mirando por la ventana. Y eso que yo tenía la luz apagada. Y cuando he salido esta mañana, ha abierto la puerta y ha estado en un tris de pillarme. Claro que no tiene ni media torta... Y será rico, porque para vivir en este barrio...

ISIDRA- No creas. Yo también vivo aquí y no tengo ni un duro.

MENDIGO- Tú, no, pero los vecinos deben de estar forrados. ¿Hay muchos en el edificio?

ISIDRA- (*Se nota que improvisa.*) Muchos, sí... Quitando a éste que has visto, a don Cosme, todo gente joven. Y el mismo don Cosme tiene dos hijos que son dos tiarrones. Uno abogado y otro policía...

MENDIGO- (*Con aire de no creérselo.*) ¡Mira qué casualidad! He captado la indirecta. No te preocupes, guapa, que yo sin permiso no entro en ninguna parte. Y gracias por lo de esta noche... (*Se da media vuelta lleno de dignidad, y casi choca con MARY LUZ, que viene de la calle y se queda mirándole extasiada, mientras desaparece de escena.*)

ISIDRA- (*Refiriéndose al MENDIGO.*) ¡A ver si éste va a maquinarse cualquier trastada! ¡Menos mal que me ha devuelto la llave! Aunque... ¿y si ha hecho una copia? No, porque no hay ninguna ferretería abierta todavía... En fin, lo que yo siento es que hoy es martes y no puedo beber. (*A MARY LUZ, que sigue mirando al MENDIGO.*) ¡Mary Luz, hija, que vas a coger una tortícolis!

MARY LUZ- (*Se vuelve hacia ISIDRA.*) ¿Quién es ése?

ISIDRA- Un pobre hombre que ha venido a buscar trabajo...

MARY LUZ- (*Admirada.*) ¡Es guapísimo! ¡Es clavado a Pippo, mi novio!

ISIDRA- ¿Tan mayor es ya tu novio?

MARY LUZ- (*Molesta.*) ¡Tampoco es tan mayor! Va a cumplir treinta y nueve.

ISIDRA- ¡Huy, de los nueve no te fíes, que siempre serán onces! Y tú, ¿cuántos años tienes, si puedo preguntártelo?

MARY LUZ- Veintiocho.

ISIDRA- ¡Veintiocho! Te hacía yo más jovencita. Pero, así y todo, te saca unos cuantos, ¿eh? ¿Para cuándo os casáis?

MARY LUZ- Aún no lo sabemos. (*Suspirando.*) Como Pippo es italiano y vive allí, la cosa va muy lenta...

ISIDRA- (*Asombrada.*) ¡Anda, que es italiano! Y entonces, ¿cuándo os veis?

MARY LUZ- Vamos mamá y yo a Roma una semana todos los veranos desde hace diez años, que fue cuando nos conocimos...

ISIDRA- Pues espabila, chica, que es mucho tiempo ya de novios para veros sólo una semana al año y con tu madre de carabina. Y él allí y tú aquí, puede pasar cualquier cosa... Ahora mismo se te iban los ojos detrás de ese mindundi.

MARY LUZ- *(Indignada.)* ¡A mí no se me van los ojos...!

(La interrumpe un SARGENTO uniformado de la policía, que llega de la calle. Tiene unos treinta años, cara de adolescente empollón, y el pelo engominado. Habla con aire de suficiencia.)

SARGENTO- *(A ISIDRA.)* ¿Es usted la portera de esta finca?

ISIDRA -La misma, sí señor.

SARGENTO- Soy el Sargento Gálvez. Vengo a hacerle unas preguntas.

ISIDRA- *(A la defensiva.)* ¿A mí?

MARY LUZ- Yo me voy ya para arriba... *(Se mete en el portal, y luego en el ascensor, que suena con su ruido de cadenas.)*

SARGENTO- ¿Dónde podemos estar a solas?

ISIDRA- ¡Anda que no pide usted poco! Yo a solas no puedo estar nunca. Vamos a la portería, aunque como la presidenta no me permite cerrar la puerta...
(*Entran en la portería.*)

SARGENTO- Cierre. Ahora soy yo la máxima autoridad aquí.

ISIDRA- (*Escéptica, mientras cierra la puerta.*) Si usted lo dice... Aunque, como asome doña Cruz, ya veremos... (*Le muestra una silla.*) Siéntese. Con cuidado de no echar el peso hacia atrás, porque tiene una pata un poco floja...

SARGENTO- Prefiero estar de pie. (*Saca una libreta y un bolígrafo. Carraspea.*) ¿Conocía a doña Piedad Huerta?

ISIDRA- No...

SARGENTO- (*Hostil.*) ¿No? Pues a mí me consta que sí. Estuvo usted con ella ayer mismo en el despacho de don Germán Gutiérrez de la Rosa firmando un testamento...

ISIDRA- (*Despistada.*) ¡No me diga! ¿Era la secretaria?

SARGENTO- No, señora.

ISIDRA- Entonces, ¿quién?

SARGENTO- No estamos jugando a las adivinanzas. Y no creo que le falle la memoria hasta ese punto, por muchos años que tenga usted.

ISIDRA- Tampoco tantos... (*Piensa un momento.*) ¡Ah, ya sé! ¡Una de las sobrinas de doña Micaela! ¡Piedita! Dicho así, con nombre y apellido, no me sonaba... ¿Es que le ha pasado algo?

SARGENTO- La asesinaron ayer en un bar de aquí al lado.

ISIDRA- (*Conmocionada.*) ¡Así que era ella! (*Tartamudeando.*) ¿Y... cómo? ¿Y... quién...?

SARGENTO- Eso me gustaría saber a mí. (*Amenazante.*) Pero antes o después lo descubriremos. De momento, cuénteme lo que sepa de esa mujer. Con calma, que tenemos tiempo.

ISIDRA- (*Encogiéndose de hombros.*) No sé casi nada. Que era sobrina de doña Micaela, como su hermana, y que yo nunca las he distinguido a la una de la otra. Para mí eran "las sobrinas" sin más. Aparecían por aquí de uvas a peras, y cuando se incendió el piso de su tía, se la llevaron a un asilo. Pero allí era yo la única que iba a visitarla, así que no las traté hasta que la pobre se murió y las llamé para decírselo. Después vinieron a llevarse cosas de la casa, y ya no volví a verlas hasta ayer en el notario...

SARGENTO- Tengo entendido que Micaela Rojas Huerta le ha dejado a usted su piso en herencia.

ISIDRA- Sí señor.

SARGENTO- (*Le clava los ojos.*) Y ¿por qué a usted, teniendo dos sobrinas carnales?

ISIDRA- (*Se encoge de hombros.*) También a mí me extrañó al principio, pero me imagino que pensaría que yo era la única que me ocupaba de ella y la apreciaba de veras...

SARGENTO- No puede comparar su aprecio con los lazos de parentesco que la unían a sus sobrinas...

ISIDRA- ¿Y qué, que fueran parientes? (*Con vehemencia.*) Yo la quería sin ninguna obligación... Como a una amiga, salvando las distancias.

SARGENTO- (*Sonríe con superioridad.*) Disculpe que se lo diga, pero tiene usted unas ideas muy anticuadas. Los jóvenes de hoy sabemos que lo de la amistad está bien para pasar un rato, pero a la hora de la verdad la familia es el único refugio. Por eso no comprendo el testamento que hizo esa señora.

ISIDRA- (*Escandalizada.*) ¡No estará sospechando que la engatusé para que me dejara a mí la casa...!

SARGENTO- Ni sospecho ni dejo de sospechar. Me limito a investigar las circunstancias que rodean el homicidio de doña Piedad Huerta.

ISIDRA- (*Con curiosidad.*) Oiga usted, ¿y cómo la mataron?

SARGENTO- (*Duda unos instantes.*) Se lo puedo decir porque saldrá la información en el periódico. La estrangularon.

ISIDRA- ¡Qué horror! Y ¿qué pintaba ella en “La Cueva”?

SARGENTO- ¿Por qué lo pregunta?

ISIDRA- Porque no le pegaba meterse ahí a una señora tan estirada. Ése es un bar para gente más corriente: el tendero, el fontanero... Y todo hombres, a no ser que alguno se lleve a la parienta...

SARGENTO- ¿Cómo hombres? (*Con aire de sabelotodo.*) Vivimos en una democracia, señora, y los bares hoy en día son lo mismo para hombres que para mujeres.

ISIDRA- Sobre el papel no digo yo que no, pero hay sitios donde una no se anima a entrar porque no hay más que tíos, y con unas pintas que dan miedo.

SARGENTO- Eso sería en sus tiempos. Afortunadamente las cosas han cambiado: todos y todas somos iguales e igua... E iguales. ¡Ejem! El caso es que la víctima no frecuentaba ese local...

ISIDRA- Yo desde luego no me la imagino por allí.

SARGENTO- Según el camarero, entró a comprar tabaco.

ISIDRA- (*Extrañada.*) ¿Y fumaba doña Piedita?

SARGENTO- Es muy posible. Era una persona mayor, y en sus tiempos no se hablaba de los riesgos del tabaco. (*Con orgullo.*) No es como ahora, que la juventud está informada... ¡Ejem! Sigamos: ¿conoce usted al camarero de ese bar?

ISIDRA- De vista y poco más. Y no es el camarero: es el dueño. ¿Él vio algo?

SARGENTO- Nada. Dice que estaba en la cocina con su mujer.

ISIDRA- ¿Y al salir, se encontró con el pastel?

SARGENTO- Él no. La descubrió en el servicio un cliente que entró poco después.

ISIDRA- (*Da una palmada.*) ¡Anda, claro! ¡Entonces ya sabemos por qué se metió doña Piedita en el bar! Tendría una urgencia la pobre... (*Pensativa.*) Lo que no me explico es lo que hacía por este barrio a esas horas... Ya había estado aquí por la mañana con su hermana, que vinieron a la salida del notario a coger cosas del piso de su tía, y luego se fueron las dos en el coche... Y viven por las afueras, así que, si volvió desde tan lejos, debía de ser por algo muy importante...

SARGENTO- (*Anotando.*) Es posible que tuviera una cita en "La Cueva". (*Para sí.*) "La Cueva" es la clave. "La Cueva" y ese Eulogio...

ISIDRA- ¿No sospecharán de él?

SARGENTO- De momento sospechamos de todos y de todas.

ISIDRA- ¡Pues vaya una trabajera...! De todas formas, debió de ser un hombre, ¿no?

SARGENTO- (*Mirándola con intención.*) O una mujer fuerte.

ISIDRA- Eso sí. Como las chicas que hacen pesas, que las veo yo en el gimnasio, porque han puesto las paredes de cristal y están las pobres dale que dale enfrente de todo el que pasa por delante.

SARGENTO- (*Despectivo.*) Es que hoy en día se sabe que el ejercicio físico es muy saludable, cosa que en sus tiempos se ignoraba...

ISIDRA- (*Airada.*) ¡Oiga usted, que mis tiempos siguen siendo éstos! ¿O se cree que estoy viviendo de prestado en un tiempo que no me corresponde?

SARGENTO- No digo eso, sino... Que no es usted de mi generación.

ISIDRA- ¿Y qué? Tampoco vaya a creerse que su generación es tan perfecta. (*Mira desafiante al SARGENTO.*)

SARGENTO- ¡Ejem! ¿A usted se le ocurre por qué querrían asesinarla?

ISIDRA- ¡Como no fuera para robarle...!

SARGENTO- No le quitaron nada. (*Busca una hoja limpia en la libreta, y le tiende a ISIDRA la libreta y el bolígrafo.*) En fin: anóteme aquí su nombre completo y su número de móvil.

ISIDRA- Yo no uso de eso.

SARGENTO- (*Mirándola con recelo.*) ¿No usa usted móvil? (*ISIDRA niega con la cabeza.*) Pero ¡si móvil tiene hasta mi abuela, que es más vieja que usted! Con perdón.

ISIDRA- (*Desafiante.*) Pues yo no. A mí me gusta vivir a mi aire, sin que nadie me moleste para enterarse de qué hago y dónde estoy...

SARGENTO- (*Con condescendencia.*) Cómprese uno. Los hay tan sencillos que cualquiera los puede entender, por muy mayor o muy torpe que sea. (*Cierra la libreta y se guarda el bolígrafo.*) De momento hemos terminado. (*Sale sin despedirse.*)

ISIDRA- (*Se asoma tras el SARGENTO al portal. A gritos.*) ¡Adiós, hombre! (*Para sí.*) ¡Vaya un borde...! (*Reflexiona unos instantes.*) Yo no creo que Piedita fumara... En el despacho del notario, cuando el abogado encendió un cigarro, las dos hermanas se pusieron a toser como locas hasta que el hombre lo apagó. Así que no debió de entrar en el bar a buscar tabaco. No sé por qué habrá contado Eulogio esa trola... En fin, voy a colgar mi cartel. (*Se mete tras la cortinilla y sale con unas tijeras, un rollo de papel adherente, y un cartón del tamaño de un folio, donde hay escrito en letras grandes "HOSTAL LOS MADRILES. 4º DCHA". Mira el cartel arrobada.*) Así se entera el personal de que aquí va a haber un hostel, hasta que encargue una placa de verdad... Me gusta a mí el nombre este de "Los Madriles", aunque suene anticuado. Me recuerda a mi abuelo, cuando esperábamos en la plaza del pueblo para coger la golondrina, que era como llamaban allí al autobús,

que decía a cada poco: “¡Conque os vais a los Madriles! ¡Nada menos que a los Madriles!”, como si nos marcháramos a la otra punta del mundo. ¡Y no estábamos más que a sesenta kilómetros...! (*Sale a la calle y se pone a pegar el cartel en el dintel del portal. Llega CRUZ.*)

CRUZ- (*Muy alterada, sin reparar en el cartel.*) ¿Se ha enterado usted, Isidra? ¡Han matado a una de las sobrinas de doña Micaela en esa tabernucha de la esquina...!

ISIDRA- (*Acaba de pegar el cartel.*) Ya lo sé. Ha venido la policía a hablar conmigo.

CRUZ- ¿Y por qué con usted, si soy yo la presidenta y, por tanto, la responsable de la comunidad? (**ISIDRA** *se encoge de hombros.*) ¡Dios mío, qué desgracia! Me imagino que le dirán una misa aquí en Santa Magdalena, porque ella nunca ha perdido el contacto con esta iglesia y traía a los niños a la catequesis del padre Raposo...

ISIDRA- (*Extrañada.*) Ah, pero ¿tenía niños doña Piedita?

CRUZ- ¡Suyos, no, mujer! Me refiero a sus alumnos. Ya sabe lo que pasa en los colegios de hoy, que, por buenos que sean, se llenan de inmigrantes. Y doña Piedad convencía a los pobres extranjeritos que estaban a su cargo para que vinieran a evangelizarse

a nuestra parroquia. Un gran mérito, porque algunos serían hasta musulmanes, y si los padres se llegan a enterar... Con lo que es esa gente, capaces eran de no agradecerse...

ISIDRA- (*Aguantando la risa.*) Sí señora, muy capaces. ¿Y cómo es que no se enteraban?

CRUZ- Porque doña Piedad tomaba sus medidas. Según me contó, decía que se los llevaba de excursión o algo por el estilo al acabar las clases, y como estos inmigrantes trabajan todo el día y no se ocupan de sus hijos, no sabían que entre ella y el padre Raposo los iban encauzando hacia la verdadera fe. ¡Figúrese la de almas que habrá salvado con este truco inocente...!

ISIDRA- Ya me lo figuro, ya...

(*Llega CÉSAR de la calle.*)

CRUZ- (*A CÉSAR.*) ¿Sabe usted también la noticia, don César?

CÉSAR- ¿Qué noticia?

CRUZ- Han asesinado a Piedita, la sobrina de doña Micaela...

CÉSAR- Algo he oído, sí. ¡Pobre mujer, qué contratiempo!

CRUZ- (*Se fija en el cartel. A ISIDRA.*) ¿Qué es eso? ¿Quién ha puesto eso?

ISIDRA- Servidora. Voy a abrir un hostel en el cuarto...

CRUZ- (*Horrorizada.*) ¿Un hostel? ¿Cómo se le ha ocurrido esa barbaridad? ¿Y con qué permiso? ¿O no sabe que esto tiene que aprobarlo la comunidad de vecinos?

ISIDRA- (*Defraudada.*) No lo sabía, no.

CRUZ- Debería bastarle con la suerte que tiene de mantener el puesto. Ya casi no quedan porteros en esta calle. Es un gasto superfluo, tal como están los tiempos...

ISIDRA- ¿Y qué quiere, que me extinga como los dinosaurios? Mientras no acabe mi contrato...

CRUZ- (*Alza los ojos al cielo con impotencia.*) ¡Lo que hay que oír, Dios mío! (*A CÉSAR.*) ¡Un hostel, nada menos! ¡Figúrese usted! Claro que no creo que esto salga adelante, porque, si acaso lo autoriza la junta de propietarios, después tendrá que pedir permiso al Ayuntamiento. (*A CÉSAR, con intención.*) ¡Figúrese usted en qué estaría pensando la pobre doña Micaela al hacer el testamento...!

CÉSAR- A mí me parece justo. Al fin y al cabo, era Isidra quien se ocupaba de ella.

CRUZ- ¡Bueno, bueno! No quiero discutir el caso ahora. (*Se pone a leer el cartel. Extrañada, a ISIDRA.*) Y ¿qué es esto de “Hostal Los Mandriles”? ¿Cómo que “Los mandriles”? ¡Parece el anuncio de un parque zoológico! ¡Con ese nombre tan particular, no sé qué tipo de huéspedes espera recibir usted!

ISIDRA- (*Casi a gritos, enfadada.*) ¡“Los mandriles”, no; “Los Madriles! ¡De Madrid, los Madriles!

CÉSAR- (*Acercándose a mirar.*) Le faltan las comillas. “Los Madriles” debe ir entre comillas. Y suena demasiado castizo. Sobre todo teniendo en cuenta que sus clientes serán gente de fuera, que estarán en Madrid por obligación y no le tendrán ningún apego a la ciudad...

CRUZ- En todo caso, puede ponerle usted el nombre de mi patria chica, “Asturias”, que siempre queda bien.

CÉSAR- O “La Universidad”. Es probable que vengan muchos estudiantes...

CRUZ- (*Con retintín.*) Claro, como usted es catedrático... Pero estudiantes no podemos aceptar, que menudo jaleo organizan...

CÉSAR- Pues el mismo jaleo que los asturianos. Y si no, mire usted dónde terminan todas las juergas y las borracheras: en Asturias.

CRUZ- ¿Cómo que en Asturias?

CÉSAR- (*Sonriendo.*) Lo digo por la canción, mujer.

CRUZ- ¡Tonterías! (*Sube los escalones del portal.*
CÉSAR e **ISIDRA** la siguen. A **ISIDRA**, señalando hacia la portería.) No hace frío como para que tenga usted la estufa encendida. Es mucho gasto para los vecinos. Lo que debe hacer es abrigarse más, que es lo que hago yo en casa, y así nunca enchufo el radiador eléctrico...

ISIDRA- Pero usted tiene calefacción central, y aquí abajo no hay.

CRUZ- (*Muy segura.*) Porque no hace falta. Las porterías son más recogidas. Además, con ese chisme puede haber un incendio, y ¡fíjese qué catástrofe si se queman los muebles de la comunidad! (*Señala con aire majestuoso la silla descabalada, la mesa camilla, y la cortinilla llena de zurcidos.*) Por cierto, ¿ha vuelto ya mi hermana, doña Pacita?

ISIDRA- (*Encogiéndose de hombros.*) Yo no la he visto, no...

(*Entran CRUZ y CÉSAR en el ascensor.*)

CÉSAR- (*A ISIDRA.*) Adiós, Isidra. (*Cierra la puerta. Ruido del motor al subir.*)

(**ISIDRA** sale a la calle y mira el cartel con arrobo durante unos segundos.) Pues a mí me gusta el nombre. La lástima es que hoy no me toca beber y no puedo celebrarlo como Dios manda. Pero ¡en fin...! Una promesa es una promesa, y aunque me la haya hecho a mí misma... (Mira hacia el ascensor, que suena. Furibunda.) ¡Ya estamos! ¡A ver quién baja ahora!

(Se abre el ascensor y aparece **COSME**, un viejecito decrepito, pero elegante.)

COSME- (Desde el ascensor.) ¡Isidra! ¡Isidra! ¿Hay alguien ahí? (Para sí.) Porque, si no, me vuelvo a subir...

ISIDRA- (Sube las escaleras, y se acerca a **COSME** para ayudarle a salir del ascensor.) ¿Qué tal andamos hoy?

COSME- (Extrañado.) ¿Quién es usted?

ISIDRA- (Extrañada también.) ¡Señorito Cosme! ¡Soy Isidra! ¿Es que no me conoce?

COSME- ¡Qué ha de ser usted Isidra! Isidra era una portera buenísima que llevaba trabajando en la casa muchos años... (Indignado.) ¡Vamos hombre! ¡Isidra va a ser!

ISIDRA- (Para sí.) Este hombre está perdiendo la cabeza! (A **COSME**.) ¿Le ayudo a bajar, o qué?

COSME- *(Cambiando de la indignación a la condescendencia.)* Sí, ayúdeme, si es tan amable... **(ISIDRA le toma del brazo. COSME pone primero un pie y luego el otro en el primer escalón, y hace un alto.)** ¿Sabe si ha vuelto ya doña Micaela?

ISIDRA- No, señor. No creo que vuelva de momento. *(Para sí.)* Aunque no le contamos que doña Micaela se murió, el pobre tiene la mosca detrás de la oreja. *(A COSME, impaciente.)* ¡Vamos, don Cosme, que es para hoy!

COSME- *(Pone ambos pies en el segundo escalón, y descansa del esfuerzo.)* Pues entonces, ¿quién vive allí ahora?

ISIDRA- Nadie, que yo sepa. *(Para sí.)* Éste ha oído al mendigo esta noche. *(A COSME.)* Ande, señorito, que tengo las lentejas en la lumbre.

COSME- *(Baja otro escalón y se detiene de nuevo Malhumorado.)* ¡No me tire de la manga que me caigo! La otra portera, Isidra, tendría sus defectos, pero no era tan brusca... Y suélteme ya, que por lo liso me las arreglo yo divinamente... *(Avanza con lentitud hacia la calle, y desaparece.)*

(ISIDRA se asoma tras él. Pasa EULOGIO.)

EULOGIO- (*Con prisa.*) ¡Adiós Isidra!

ISIDRA- ¡Eulogio! (*Le agarra de la manga.*)
¡Cuéntame! ¿Qué pasó? ¿Estabais allí tú y tu mujer
cuando la mataron?

EULOGIO- (*Se detiene, resignado.*) Sí, pero no oímos nada. Entre el ruido del lavavajillas y la radio, que la teníamos muy alta... No nos enteramos hasta que nos avisó un cliente. Vamos, cliente no era, sino uno que iba de paso, y le entraron ganas de orinar, y vio el servicio tan a mano que entró, y se encontró con el pastel...

ISIDRA- ¡A ver si iba a ser él el asesino!

EULOGIO- ¡Quiá! ¡Menudo susto se dio! ¡Ése no vuelve a mear tranquilo! Además, le conozco de verle por el barrio...

ISIDRA- Y a doña Piedad, a la asesinada, ¿la viste cuando entró?

EULOGIO- (*Asiente.*) Me pidió cambio para tabaco, se lo di, y me metí en la cocina con mi Rosa.

ISIDRA- ¿Y para qué te pidió cambio para tabaco, si no fumaba?

EULOGIO- (*Alarmado.*) Y tú, ¿por qué sabes que no fumaba?

ISIDRA- ¡Anda! Porque la conocía. (*Le mira fijamente.*) Así que, o te mintió ella a ti, o me estás mintiendo tú a mí...

EULOGIO- (*Baja la voz. Avergonzado.*) La verdad es que me pidió cambio para llamar...

ISIDRA- ¿Y por qué le contaste eso a la policía?

EULOGIO- (*Inquieto.*) Porque el teléfono está trucado. Porque no compensa tener un aparato así con lo que se lleva Telefónica y con los impuestos que hay que pagar... Ahora, por ejemplo, me han obligado a cerrar el bar para investigar el crimen, y el dinero que estoy perdiendo no me lo devuelve nadie. Y si encima se enteran de que he manipulado el teléfono, me cae una multa de las de aquí te espero... Por eso dije lo del tabaco...

ISIDRA- Pero ¿no te das cuenta de que mintiéndoles empeoras las cosas? En seguida averiguarán que esa señora no fumaba, y te puedes ver en un lío...

EULOGIO- (*Preocupado.*) Tú no dirás nada, ¿eh?

ISIDRA- Eres tú quien se lo tienes que contar, si es que vuelven a preguntarte. Lo cuelas así como el que no quiere la cosa...

EULOGIO- Eso haré, tienes razón. Gracias, Isidra. (*La mira.*) Oye, ¿sabes que estás muy guapa últimamente?

ISIDRA- (*Se ríe.*) ¡Mira éste, haciéndome la pelota para que no me vaya de la lengua!

EULOGIO- No, en serio. ¡Menuda mejoría!

ISIDRA- (*Mosqueada.*) ¿En qué he mejorado?

EULOGIO- No sé. En todo. De cara, de pinta, de carácter... Bueno, me voy, a ver si aprovecho la mañana, ya que no puedo trabajar... (*Sigue su camino.*)

ISIDRA- ¡Hale, adiós! (*Sube a la portería y se sienta tras la mesa. Para sí.*) ¡Otro más! Primero, don Cosme, que no me reconoce, y ahora éste, que dice que he cambiado... Y es que ya lo he notado yo también, que los días que no bebo soy otra persona. Vamos, que es como si hubiera dos Isidras: la borracha, que sube al mendigo a su casa, y la sobria, que se arrepiente de haberlo subido. (*Suspira.*) Y no sé cuál soy yo de verdad. A mí me gustaba la Isidra de siempre, la que bebía, aunque me despertara con la cara desordenada, con cada ojo disparado para un lado y la boca torcida en una interrogación. En fin, lo hecho, hecho está. Lo malo es que no está hecho, sino que tengo que ir haciéndolo yo a cada hora, a cada minuto de los días interminables en los que no pruebo el alcohol... ¡Con lo que me gusta a mí estar sola conmigo, como una reina de mí misma, y con una copita para acompañarme...!

(Viene **SONSOLES** de la calle, y entra en el portal.)

SONSOLES- (*Sube las escaleras.*) ¡Isi!

ISIDRA- (*Para sí.*) ¡No te digo! ¡Ni un minuto de paz!
(*Se levanta.*) ¡Hola, Sonsoles! Te acompaño en el sentimiento. (**SONSOLES** *la mira extrañada.*) Por doña Piedita, digo.

SONSOLES- ¡Ay, chica, vaya susto! Aparte de la pena, claro. ¡Figúrate lo que es volver a casa tan tranquila y encontrarme allí a la pasma y enterarme de que la habían asesinado...!

ISIDRA- ¿Así que tú estabas fuera cuando ocurrió?

SONSOLES- Sí, pero te juro que no fui yo.

ISIDRA- ¡Mujer, ya me lo imagino! Siéntate, anda, y me lo cuentas todo. ¡Con cuidado, que ya sabes que estas sillas son muy traidoras!

SONSOLES- (*Se sienta al borde de una silla.*) Sólo un ratito, que llevo mucha prisa... Yo es que esa tarde libré y me fui a ver a mi madre y luego al cine con una amiga, y al volver... (*Se echa a llorar.*) ¡Ay, Isi! Tenemos que ayudarnos entre nosotras...

ISIDRA- ¿Ayudarnos a qué?

SONSOLES- (*Saca un pañuelo y se suena la nariz.*) Es que... Doña Piedita era muy buena, pero Carlota... Ésa es capaz de todo.

ISIDRA- (*Sorprendida.*) ¿Quieres decir capaz de... matar a su hermana?

SONSOLES- (*Se echa a reír.*) ¡No, mujer, qué cosas tienes! ¡De eso no! La quería mucho. Además, estaba en casa cuando ocurrió. Piedita había salido sola.

ISIDRA- ¿Y os explicó Piedita qué tenía que hacer aquí esa tarde?

SONSOLES- (*Niega con la cabeza.*) Lo que dijo era que iba a comprarse unos zapatos, pero debió de cambiar de opinión. Me figuro que vendría al piso de su tía...

ISIDRA- Pero ya me habían dado a mí la llave, y no me la pidió...

SONSOLES- ¡Ay, Isi! Tengo que desahogarme, porque no soporto esta angustia... (*Se tapa la cara con el pañuelo y lloriquea.*)

ISIDRA- ¡Pero chica! ¿Qué es lo que te pasa? (*Le aparta el pañuelo de la cara.*)

SONSOLES- Me da miedo de que sospechen de mí por una cosa... Por una tontería que pasó hace muchos años...

ISIDRA- ¿Y cuál es esa tontería?

SONSOLES- (*Dudosa.*) ¿Qué pensarías si te dijera que ha vuelto?

ISIDRA- ¿Que ha vuelto quién?

SONSOLES- Doña Piedita. (**ISIDRA** *sonríe, incrédula.*) ¡Que es verdad! (*Cruza el pulgar y el índice y los besa.*) ¡Te lo juro por la Virgen de los Remedios!

ISIDRA -¿La has visto tú?

SONSOLES- A ella no, pero he visto una cosa suya.

ISIDRA- ¿Qué cosa? ¡Hija, suéltalo de una vez, que me tienes en ascuas!

SONSOLES- No sé si voy a poder, porque se me pone un nudo aquí en la garganta... (*Traga saliva.*) Verás: ayer, cuando entré a recoger el cuarto de doña Piedita para cerrarlo para siempre, que fue lo que me mandó doña Carlota... Porque es que esa casa está llena de cuartos cerrados de los que se han ido muriendo: el despacho del padre de las señoras, el dormitorio de la madre, el de la abuela... Son seis habitaciones, y cuatro de ellas no se usan. O las usan los fantasmas... ¡Da una impresión...!

ISIDRA- (*Impaciente.*) ¡Venga, Sonsoles, hija, no te enrolles con la casa y arranca de una vez!

SONSOLES- El caso es que la señorita Piedita perdió hace unos años una pulsera de oro con un rubí, que le había regalado su tía...

ISIDRA- ¡De eso me acuerdo yo! ¡Menudo disgusto tenía doña Micaela...! Me lo contó casi llorando: por lo visto era un recuerdo de familia y valía muchísimo dinero...

SONSOLES- Pues fíjate: ha aparecido. (*Vacilante.*) La ha traído la misma Piedita.

ISIDRA- ¿Cómo que la ha traído?

SONSOLES- ¡Que la trajo anoche! ¡Que después de muerta vino a traerla y la dejó en la repisa de su cuarto...! (*Estalla en sollozos.*) ¡Antes de ayer no estaba!

ISIDRA- ¡Qué tontería! Será que no la viste. La encontraría antes de morir y la pondría allí... O a lo mejor se la había dado a Carlota, y ha sido ella quien la ha puesto en la repisa... El caso es que sola no ha podido llegar...

SONSOLES- (*Niega con la cabeza.*) Si la hubiera encontrado, me lo habría contado a mí antes que a su hermana. A ella le ocultaba muchas cosas... ¡Como tiene ese carácter...! (*Guarda silencio unos segundos.*) O sea, que ¿tú no crees que haya sido la pobre señora, la muerta?

ISIDRA- ¡No, mujer! ¡Eso no se lo cree nadie!
(**SONSOLES** la mira y empieza a mordisquearse las uñas.) ¡Sch! ¡No hagas eso, que me pone nerviosísima!

SONSOLES- (*Deja de mordérselas.*) Y ¿qué hago? ¿Se lo cuento a la policía?

ISIDRA- ¿Y para qué vas a sacar la pulsera a relucir? Con lo que son de desconfiados, pensarían que la robaste tú, y que, al morirse ella, te ha entrado miedo y has vuelto a dejarla en su sitio. Peor aún: van a creer que estás complicada en el asunto.

SONSOLES- ¿En qué asunto?

ISIDRA- En el asesinato.

SONSOLES- ¿Yo?

ISIDRA- (*Medio en broma.*) Igual sospechan que la has matado para quitarle la pulsera... Si era de oro y rubíes, lo mismo te arreglaba la vida para siempre...

SONSOLES- (*Recelosa.*) ¿Estás hablando en serio?

ISIDRA- Ni en serio ni en broma. Todo podría ser.

SONSOLES- (*Desafiante.*) Pues mira, puestos a sospechar, yo también tengo mis sospechosos...

ISIDRA- (*Burlona.*) ¿No seré yo una de ellos?

SONSOLES- Tú, no, pero tu amigo Cayetano sí.

ISIDRA- (*Sorprendida.*) ¿Cayetano? ¿Por qué?

SONSOLES- Porque tuvo un lío con la señorita.

ISIDRA- (*Incrédula.*) ¿Cayetano con Piedita? ¡Anda ya!

SONSOLES- Lo sé de buena tinta. Fue hace mucho tiempo, cuando los dos eran unos críos. Sobre todo él, porque ella le sacaba cuatro o cinco años...

ISIDRA- (*Boquiabierta.*) ¿Te estás quedando conmigo?

SONSOLES- (*Muy seria.*) Te juro que no. Me lo contó la mujer del de la tienda de ultramarinos. De la tienda que había donde ahora está el gimnasio, ¿te acuerdas? (**ISIDRA asiente.**) Por lo visto Cayetano era el recadero de la tienda, y entonces Piedita y Carlota vivían aquí con sus padres, en el piso que luego fue de doña Micaela... Y a las dos hermanas las tenían en un puño y no las dejaban alternar con los muchachos de su edad. Pero, como no se le pueden poner puertas al campo, Piedita se encalabrinó con lo más parecido a un hombre que tenía a mano, que era el chico de la tienda.

ISIDRA- (*Asombrada.*) ¿Cayetano?

SONSOLES- ¡El mismo! Y resulta que un día un guardia les pilló a los dos haciendo manitas en el Retiro, y a él le dio dos pescozones y a ella la llevó a su casa de una oreja. Fue hace más de treinta años, y dicen que en esos tiempos las cosas eran así...

ISIDRA- Si me acuerdo yo de que no podía una ni besarse con su novio formal... ¿Y qué ocurrió?

SONSOLES- Que la familia de ella exigió que echaran a Cayetano de la tienda, y la madre de él, que estaba viuda y se quedó sin el dinero de las propinas que le daban al hijo, se dedicó a poner a Piedita de hoja de perejil por todo el barrio. Y los padres de la chica, por no pasar la vergüenza de ser la comidilla de la gente, se mudaron a otra casa, que es lo que hacen los ricos en un caso así. Aquí se quedó sola la tía, doña Micaela.

ISIDRA- (*Pensativa.*) ¡Mira qué callado se lo tenía Cayetano! ¿Y luego, de mayores, han vuelto a tratarse?

SONSOLES- Una vez que vine con Piedita a casa de su tía nos lo encontramos de frente y a ella se le cambió la cara. Pero pasó de largo, como si no le conociera. (*Con guasa.*) Así que para que veas las aventuras que corrió la pobre de joven. ¡Cualquiera lo diría! Porque lo que es después ya no se ha comido una rosca...

ISIDRA- Era maestra, ¿no?

SONSOLES- Hasta el año pasado, que se jubiló. Y ¡vaya una despedida que tuvo la pobre, con lo que quería a los niños...!

ISIDRA- ¿Y eso?

SONSOLES- Pues que desapareció uno de los críos. Uno con el que estaba muy encariñada porque, además de darle clase, le traía a la catequesis del padre Raposo, aquí en Santa Magdalena... ¡No veas qué disgusto se llevó! ¡Carlota y yo creíamos que se volvía loca!

ISIDRA- ¿Es que se le perdió a ella?

SONSOLES- No. Era interno, y una noche se acostó, y a la mañana siguiente no fue a clase, y ya no lo encontraron. Doña Piedita se lo tomó muy a pecho y removi6 Roma con Santiago buscándolo, igual que si fuera hijo suyo. Estaba obsesionada. Se empeñó en que lo habían raptado y empezó a sospechar de todos los hombres que se acercaban por el colegio. Que muchos serían los padres de otros alumnos, como le decía Carlota...

ISIDRA- ¿Y el niño apareció?

SONSOLES- ¡Qué va! Como era huérfano, nadie lo reclamó, y ya ha pasado un año o más y se han olvidado de él. En el colegio debieron de pensar que se había escapado y que andaría pidiendo por las calles y ya le recogería algún día la policía y lo llevaría de vuelta. Doña Piedita era la única que no se conformaba, y seguía erre que erre con que le habían secuestrado. Decía que había visto a un tipo que merodeaba por la verja del colegio, y que dejó de verle cuando el niño se perdió.

ISIDRA- Es que es para escamarse. A lo mejor tenía razón.

SONSOLES- ¡Qué ha de tener! ¡A saber si ese hombre existía siquiera...! Fue una manía que se le metió.

ISIDRA- De todos modos. ¿Eso lo sabe la policía?

SONSOLES- (*Se encoge de hombros.*) ¡Como no se lo haya contado Carlota...! A mí no me lo han preguntado, y yo sólo les contesto a lo que me preguntan, que es lo mejor que puede una hacer si no quiere meterse en líos.

ISIDRA- Pero ¿y si tiene que ver con el crimen? Si Piedita se puso muy pesada insistiendo en el secuestro, y el que había secuestrado al niño se mosqueó...

SONSOLES- ¡Ya estás tú igual que ella! ¿Y a ti quién te ha dicho que le secuestraran? ¡Se iría él porque quiso! (*Se mira el reloj, y se pone en pie de un salto. Preocupada.*) ¡Ay, qué tarde se me ha hecho! ¡Buena se va a poner Carlota...! ¡Adiós, Isi, que me voy pitando! (*Besa a ISIDRA precipitadamente, y sale.*).

ISIDRA- (*Sale tras SONSOLES al portal, con un trapo de polvo en la mano.*) ¡Hasta más ver! (*Se pone a limpiar la puerta.*) ¡Madre mía! ¡Quién iba a decir lo de Cayetano y doña Piedita, con lo finústica que era esa señora y lo bruto que es el pobre Cayetano...! (*Se agacha y frota con fuerza, y a medias se interrumpe y se yergue con el paño en la mano, pensativa.*) Cayetano, que se pasa la vida en “La Cueva”... ¿Y si Piedita fue allí porque tenía una cita con él...? A lo mejor seguían viéndose desde jovencitos, a escondidas... (*Hace un gesto con la mano desechando la idea.*) ¡Quiá! ¿Cómo iban a quedar en “La Cueva”, que es lo menos romántico que uno se puede imaginar, y delante de todos los borrachos del barrio? Además, que Cayetano, entre bromas y veras, está colado por mí. ¡Para chasco que le gustara otra, con lo que yo le agunto...! (*Vuelve a frotar la puerta.*) Pero puede que

se hubieran citado allí para otra cosa... Y ¡qué casualidad, justo después de abrir el testamento...! (*Se queda en suspenso unos instantes.*) A ver si Cayetano ha creído que doña Micaela le ha dejado a su sobrina una fortuna, y, como él siempre anda a dos velas, la estaba chantajeando... A lo mejor la amenazaba con contarle a Carlota algún secreto de ella, de cuando se veían, y la pobre había ido a “La Cueva” a llevarle el dinero... Aunque ése no es motivo para matarla... Ni tampoco Cayetano es tan cafre. (*Suspira.*) ¡Vaya un lío! ¡Y mientras tanto, sigue siendo martes, y servidora a palo seco! ¡Qué largos son los martes, madre mía! (*Se mete en la portería con el paño.*)

ACTO III

(Media tarde. Se oyen voces por el patio.)

VOZ de CÉSAR- *(Canturreando.)* “Avelina, por Dios, / ay, qué pena me das, / tan bonita pero no eres... *(Duda.)* ...no eres... fina”. *(Hablando.)* No, fina sí que es, pero ¿qué puede haber que rime con “Avelina”? *(Vuelve al canturreo.)* “Avelina, por Dios, / ay, qué pena me das, / sólo sabes bailar / cha-cha-chá.” *(Hablando.)* Sí, seguro que sí que sabe, aunque nunca se lo he preguntado...

VOZ de HOMBRE- *(Tronando.)* ¡No quiero que los niños vuelvan más a la catequesis con ese hatajo de degenerados! ¡Fue idea tuya convertirlos en unos beatos! ¿Qué quieres, que se conviertan también en maricones? ¡Cállate! ¡No van a volver, aunque no sea más que porque es perder el tiempo! ¡Que estudien matemáticas, que eso sí que sirve para algo! *(A grito pelado.)* ¡Ma-te-má-ti-cas! ¿Te has enterado?

(Se abre la puerta del ascensor y aparecen CRUZ e ISIDRA, que lleva un disco con su funda en la mano.)

CRUZ- (Santiguándose.) ¡Por Dios, qué blasfemias! ¿Quién es?

ISIDRA- Remigio, el del segundo.

CRUZ- ¿El negro? (ISIDRA asiente.) ¡Pues esto no se puede tolerar! ¿Cómo consiente usted una cosa así?

ISIDRA- (Sorprendida.) ¿Y qué quiere que haga yo? ¿Que suba a regañarle?

CRUZ- Por ejemplo.

ISIDRA- Vaya usted, que es la presidenta. (CRUZ la mira furiosa.) Yo no me atrevo. Además, algo muy gordo ha tenido que pasarle con los curas para que esté tan enfadado...

CRUZ- (Corrigiéndola.) Los sacerdotes. Y lo que le pasa es que será de alguna tribu que esté sin evangelizar, y no siente temor de Dios. Los demás también tenemos nuestros disgustos y no nos ponemos a dar gritos contra personas inocentes. Fíjese usted en mí, sin ir más lejos: ahora se marcha mi herma..., doña Pacita a Oviedo, y tengo que hacerme cargo yo de su marido. Y tal como está el pobre don Ildefonso, necesita cuidados intensivos...

ISIDRA- ¿Y por qué se marcha doña Pacita?

CRUZ- Porque se ha inundado su casa por culpa de una gotera, así que no le queda más remedio que estar allí mientras lo arreglan todo... Y va para largo.

ISIDRA- Pues debería llevarse a don Ildefonso con ella. Ya que es su marido, y la casa de la gotera es de los dos, y no se sabe cuándo va a volver...

CRUZ- No se atreve por las humedades. ¡Como está tan delicado...!

ISIDRA- O sea, que doña Pacita vino para cuidar de usted cuando se murió don Guzmán, y ahora es usted la que va a cuidar de don Ildefonso.

CRUZ- En justa correspondencia.

ISIDRA- *(Manotea con el disco en la mano.)* Pero a usted no había que darle de comer, ni limpiarla, como a su cuñado. A usted bastaba con hacerle compañía.

CRUZ- *(Cortándola.)* Bueno, bueno. Serán sólo unos días. *(Pensativa.)* Eso espero... *(Para cambiar de tema, señala el disco.)* ¿Qué es eso que lleva usted ahí?

ISIDRA- Un disco que he encontrado en mi piso. *(Turbada.)* Quiero decir que lo subí el otro día y se me había olvidado que estaba allí...

CRUZ- Bueno, bueno. Habla del piso como si fuera suyo de toda la vida... (*Va hacia la puerta.*) ¡Hay que ver lo pronto que se acostumbra uno a lo bueno! (*Sale.*)

ISIDRA- (*Le saca la lengua por detrás.*) Lo que hace falta es que ésta no cargue con don Ildefonso, porque si carga, al final la cosa va a repercutir en mí. Y a mí me da que la tal Pacita no vuelve en mucho tiempo. En fin, ya veremos. (*Mira el disco.*) ¿Quién se habrá dejado esto en mi piso? El mendigo no creo, porque ¿para qué quiere un hombre que duerme en la calle un disco que exige un aparato para funcionar? Ni tampoco las sobrinas de doña Micaela, porque después de irse ellas estuve limpiando y no lo vi... Y es una grabación... ¡A ver si va a ser cosa del fantasma de doña Piedita, como lo de la pulsera que cuenta Sonsoles...! (*Examina el disco con atención.*) (*Se levanta animada.*) Voy a echarle un vistazo mientras me tomo la primera copita del día. (*Entra en la portería y manipula en la estantería, donde se supone que hay un televisor. Se mete tras la cortinilla, sale con la consabida taza en la mano y se sienta a la mesa camilla. Aprieta un botón del mando, y bebe un trago de vino, con la mirada puesta en el supuesto televisor. Asombrada.*) Pero ¿qué es eso? ¿Un anuncio? ¡Qué va! ¡No es un anuncio!

VOZ de HOMBRE- (*Desde el televisor. Ronca y jadeante.*) Ven, acércate más...

ISIDRA- *(Con los ojos como platos.)* ¡Qué guarrería! ¡Y con un niño!

VOZ de HOMBRE- *(Imperante.)* Aquí, a mi lado. Tócame... ¿Ves lo que tengo?

ISIDRA- ¡Quita, quita...! *(Coge el mando y aprieta un botón.)* Esto es pornografía de ésa. ¡Qué marranada! Peor que marranada, porque es con un crío... *(Suelta el mando y se levanta a maniobrar en la estantería, saca el disco y lo tira sobre la mesa.)* ¡Da hasta asco tocarlo! ¡Madre, qué sofoquina! *(Se pasa la mano por la cara.)* ¡Qué lástima! ¡Qué miedo! ¡Qué vergüenza! Y ¿de quién será? No me pega a mí que ningún vecino... ¡No, esto viene de fuera! Del mendigo. Aunque no tenga dónde caerse muerto, a algún sitio irá para ver estas porquerías... *(Se bebe el contenido de la taza de un trago, y se mete tras la cortinilla, de donde sale al momento con la taza llena. La deja sobre la mesa, y se sienta al lado.)* Ya se me está subiendo el vino de la impresión... Y a lo mejor estoy borracha, pero para mí que este disco tiene alguna relación con el crimen... *(Va contando con los dedos según va enumerando lo que sigue.)* Si es del mendigo, el mendigo pide limosna en Santa Magdalena, que es donde Piedita llevaba a los niños extranjeros a la catequesis del padre Raposo, y uno de esos niños se perdió. Y luego está lo de Remigio, que no quiere que sus hijos vayan a la parroquia porque, según él, los curas son unos degenerados. Atando cabos, se llega... *(Se levanta, vacilante. Sigue hablando con voz*

pastosa.) A un nudo. Aunque lo que queda claro es que desapareció un niño del colegio de Piedita, y en ese disco hay una película pornográfica donde se abusa de un niño... Y a Piedita la han matado, quizá porque había descubierto algo. Y eso a mí no me lo quita nadie de la cabeza... (*Se oye crujir la escalera. Murmurando.*) ¿Qué será ese ruido? (*Se asoma. Asombrada.*) ¡Mary Luz! ¿Qué haces ahí?

(*Baja MARY LUZ, con el pelo suelto y sofocada.*)

ISIDRA- ¿De dónde sales? Hace un rato me ha preguntado tu madre por ti.

MARY LUZ- (*Asustada.*) ¿Mi madre?

ISIDRA- Ya le he dicho que no te había visto salir, pero ella se ha empeñado en que en casa no estabas... Al final soy yo quien tiene razón. ¿Dónde te habías metido?

MARY LUZ- (*Con voz insegura.*) En mi cuarto.

ISIDRA- ¿Ah, sí? Pues, según ella, te había buscado por todas partes... (*Le señala el cabello.*) Aunque peinándote no estarías... (**MARY LUZ** *la mira sorprendida.*) Lo digo porque como siempre te recoges el pelo... Me ha encargado que te diga que se ha marchado al médico...

MARY LUZ- (*Alarmada.*) ¡Se me había olvidado! ¿Y se ha ido sola?

ISIDRA- Sí, mujer. ¿Por qué te apuras tanto?

MARY LUZ- Es que, como está delicada y yo iba a acompañarla...

ISIDRA- Muy delicada no parece que esté, con lo gorda que se ha puesto. Y si le pasa algo en la consulta, ya tiene allí al médico para atenderla. Tú no le haces ninguna falta. Yo en tu lugar, en vez de andar siempre pegada a las faldas de tu madre, guardándole la ausencia a ese italiano al que ves de uvas a peras, me buscaba un novio aquí de carne y hueso, y salía con él... (*Le pone la mano en el brazo a MARY LUZ.*) Y perdona si te he molestado, pero...

(MARY LUZ se da media vuelta y se dirige corriendo al ascensor. Mientras abre la puerta, se echa a llorar. ISIDRA hace amago de acercarse, pero ya se ha cerrado la puerta y se oye renquear el motor.)

ISIDRA- ¡Pues buena la he armado! Es que no soporto a la madre de esta chica, siempre haciéndose la víctima para chuparle la sangre a su hija. Y ese novio italiano ya habrá hecho su vida, y a lo mejor no se lo ha dicho a Mary Luz por lástima. Y la madre lo tiene que saber, pero le viene de perlas mantener a la niña en la inopia, para que le sirva de compañía. ¡Como don Amancio no la hace ni caso...!

(Se abre la puerta del ascensor, y asoma por ella
COSME.)

COSME- ¿Hay alguien por ahí?

ISIDRA- *(Se acerca al ascensor. Suspirando, resignada.)*
Aquí estoy, don Cosme.

COSME- *(Muy contento.)* ¡Vaya, Isidra! ¡Ha vuelto usted! ¡Qué alegría!

ISIDRA- *(Le coge del brazo, le ayuda a salir del ascensor, y le lleva hasta el primer escalón.)* ¿Así que he vuelto, eh? Será que le he dado al frasco carrasco. Y estoy muy mareada, señorito, conque agárrese bien a la pared, no vayamos a caernos los dos.

COSME- No importa. Ya me agarro. *(Se sujeta con una mano a la pared y con otra a* **ISIDRA**, *y baja un escalón trabajosamente.)* ¡La he echado mucho de menos! Su sustituta era muy rara...

ISIDRA- ¡Si era yo, don Cosme! ¡Vamos, baje otro poco!

COSME- *(Baja otro escalón, tembloroso, y se detiene.)*
¡Qué va a ser usted! ¡Como si no la conociera yo de sobra! Y esa mujer me resultó de lo más desagradable.

ISIDRA- ¡No me diga! Pues ¿qué hacía? (*Tirándole del brazo con impaciencia.*)

COSME- ¡No me dé tirones, que me caigo! Yo voy a mi paso. Y hacer, no hacía nada, pero olía muy mal. Como a pasta de dientes. (*Mira alrededor para asegurarse de que no le oye nadie más que ISIDRA.*) Yo creo que bebía y que se daba dentífrico para disimular... Por cierto, que doña Micaela no debe de encontrarse bien la mujer. Hace unos ruidos muy extraños y a veces se queja y suspira. (*Imita lo que puede ser un jadeo sexual.*) “¡Ay, ay!”, “¡No, no!”, y cosas así.

ISIDRA- (*Perpleja.*) ¡Pero eso no es posible, señorito!

COSME- ¿Cómo que no? La he estado oyendo hasta hace un rato. Se lo dije ayer a la otra portera, pero no se dio por enterada, así que se lo advierto a usted... (*Baja el tercer escalón. ISIDRA le suelta, y COSME atraviesa despacio el portal, y sale.*)

(**ISIDRA** saca una escoba de detrás de la escalera y se pone a barrer. Aparece el **CARTERO**, y entra en el portal.)

CARTERO- ¡Hombre, cuánto bueno hay por aquí!

ISIDRA- (*De mala gana.*) Todo buenísimo, sí. ¡De la mejor calidad!

CARTERO- (*Le da dos sobres.*) Traigo poca cosa, y nada para ti. Hoy no te ha escrito el analfabeto...

ISIDRA- (*Enfadada.*) ¡Ya te he dicho que no es...! (*Mira al CARTERO fijamente.*) Oye, quiero hablar contigo. Ven, sal aquí a la calle... (*Deja la escoba y sale.*)

CARTERO- (*Siguiéndola.*) ¿Y por qué no me llevas mejor a lo oscuro?

ISIDRA- Es que en el portal retumba todo y nos pueden oír los vecinos. Y lo que tengo que preguntarte no le interesa a nadie, más que a ti y a la pobre doña Piedita.

CARTERO- Y a ti. Venga, desembucha, que ya sé lo que es.

ISIDRA- Explícame qué es lo que había entre ella y tú.

CARTERO- (*Con vanidad.*) ¿Cómo te has enterado?

ISIDRA- Eso no importa. Dime: ¿la seguías viendo?

CARTERO- (*Suelta una carcajada.*) De Pascuas a Ramos, cuando me la encontraba por la calle. (*Burlón.*) ¿O es que te crees que teníamos un romance secreto?

ISIDRA- (*Mirando a CARTERO de arriba abajo.*) No, hijo, no. No pegaba nada doña Piedita contigo. Otra cosa es que se hubiera enamorado de ti cuando eras un crío, y aún no tenías este corpachón ni estas maneras...

CARTERO- (*Picado.*) Me parece que te equivocas de cabo a rabo. Con este cuerpo y estas maneras, me las llevo de calle. Y a ella misma, aunque se hubiera vuelto tan estrecha, en el fondo seguía gustándole. (*Con chulería.*) Pero un servidor no se dedica a hacer obras de caridad.

ISIDRA- ¡Qué animal eres, hijo! (*Para sí.*) Así que por ahí, nada de nada... (*Al CARTERO.*) ¡Anda, sigue con tu trabajo, que yo me vuelvo al mío!

CARTERO- Luego podíamos tomarnos tú y yo una cervecita. ¿A qué hora acabas?

ISIDRA- ¡Para chasco lo que me queda todavía! ¡Hasta las dos, que cierro...! (*Va a entrar en el portal, aunque cambia de opinión y se vuelve hacia el CARTERO.*) ¡Oye, Cayetano! ¿Tú conoces por casualidad al padre Raposo, ése que prepara a los niños para la comunión?

CARTERO- Sólo de vista, de cuando llevo la correspondencia a la parroquia. Pero he oído hablar de él. Es del pueblo de mi cuñado.

ISIDRA- ¡No me digas! ¡Hijo, eres una mina! Siempre tienes un familiar donde hace falta. ¿Y qué te ha contado de él tu cuñado?

CARTERO- Que se vino a Madrid de jovencito. (*Baja la voz.*) Por lo visto era de la acera de enfrente, y no vio otra salida más que meterse a cura.

ISIDRA- Y ¿por qué no vio otra salida?

CARTERO- (*La mira de hito en hito.*) ¡Mujer, porque todos se burlaban de él y le hacían la vida imposible! ¿No te digo que era maricón? Y eso aquí no tiene nada de malo, pero en el pueblo de mi cuñado, ni te cuento... Fíjate que aún no se han acostumbrado, y eso que ya han pasado años desde que el chico se marchó y la vida ha cambiado una barbaridad...

ISIDRA- ¡Pues sí que son brutos en el pueblo de tu cuñado!

CARTERO- ¡A ver qué quieres! De doscientos vecinos, se han quedado en veinte. Ahí ya no llega la civilización. (*Burlón.*) ¡No son tan modernos como nosotros! Además, esto es como lo del tabaco, sólo que al revés. Antes fumar era de lo más fino, y ahora te miran como un apestado en cuanto enciendes un cigarro. Pues lo otro igual: cuando yo era un crío, te metían en la cabeza que ser homosexual era lo peor de lo peor, y sin embargo ahora está hasta mejor visto que no serlo.

ISIDRA- ¡Hombre, tampoco exageres!

CARTERO- Por mí, que cada uno haga de su capa un sayo. (*Se encoge de hombros.*) Yo, con tal de que conmigo no se metan...

ISIDRA- ¿Y por qué iban a meterse contigo? ¿Te crees tan irresistible?

CARTERO- (*Acercándosele provocativo.*) Tú es que no me has probado, prenda.

ISIDRA- (*Mira entre bastidores, a la izquierda. A CARTERO.*) Anda, vete, que viene don César, y no quiero que me vea aquí de palique. (*Coge la escoba y empieza a barrer.*)

CARTERO- (*Con guasa.*) ¡Don César, nada menos! ¡Eso son palabras mayores! (*Se da media vuelta y se va por la izquierda.*)

(**CÉSAR** baja sonriente, con el periódico en la mano.)

CÉSAR- Buenas tardes, Isidra.

ISIDRA- (*Recelosa.*) Muy contento sale usted. ¡Mientras sea para bien...!

CÉSAR- Es que tengo buenas noticias. Mire. Estaba hojeando el periódico cuando he visto que hablan de mí en este artículo... (*Le señala a ISIDRA una esquina del periódico.*) Fíjese usted: ¡hasta sale mi foto! .

ISIDRA- (*Inclinándose a mirar, escoba en mano.*) ¡Anda! ¿Y eso?

CÉSAR- (*Muy ufano.*) Di una conferencia, y parece que ha gustado mucho.

ISIDRA- (*Por cortesía.*) ¡Mira qué bien! ¿Y de qué habló?

CÉSAR- De Dionisos y el teatro. (**ISIDRA** *pone cara de perplejidad.*) Sí, mujer. Dionisos era el dios del vino...

ISIDRA- (*Interesada.*) ¿Cómo del vino?

CÉSAR- También le llaman Baco. Fue el dios que inventó el vino.

ISIDRA- (*Asombrada.*) ¿Que Dios inventó el vino? ¿Está usted seguro?

CÉSAR- ¡Sí, mujer! (*Doctoral.*) ¿No le digo que he dado una conferencia al respecto?

ISIDRA- (*Entusiasmada.*) ¡Eso sí que no lo sabía yo de Dios, que fuera tan alegre! Las monjas sólo me hablaban de lo malo: del sacrificio, del ayuno, de los sermones, de la corona de espinas, del martirio en la cruz...

CÉSAR- (*Muy serio.*) Ése es Nuestro Señor, el de verdad, el que se escribe con mayúscula. Éste otro al que yo me refiero era de mentirijillas.

ISIDRA- (*Decepcionada.*) ¡Ah, que son dos distintos!
Y el de verdad es el triste, claro.

CÉSAR- Es que una cosa es la realidad y otra la leyenda. (*Ahueca la voz como si diera una conferencia.*) Dionisos era un dios griego...

ISIDRA- (*Para sí, encantada.*) ¡Griego como Dimitris!

CÉSAR- En su honor se celebraban unas fiestas tremendas, las orgías, y en ellas sus devotos bebían y hacían... toda serie de cosas... Las ménades, sus sacerdotisas, algo así como unas monjas salvando las distancias, iban borrachas, cantando y bailando alrededor. Era una divinidad que exigía muchos sacrificios, y los sacrificios consistían en eso: en beber y en salirse de madre... (*Se dirige al ascensor y abre la puerta. ISIDRA le sigue.*)

ISIDRA- Porque me lo está contando usted, que si me lo dice otra persona, habría creído que estaba tomándome el pelo. ¿Y existe todavía?.

CÉSAR- (*Atraviesa el portal. Con paciencia.*) No, mujer. Fue un invento de los griegos antiguos. Después ellos mismos recapitaron y se convirtieron a la única fe verdadera, que es la nuestra. Me voy, que tengo prisa. Voy a enseñárselo a... (*Sale y desaparece.*)

ISIDRA- ¡A doña Avelina! (*Se encoge de hombros.*) ¡Allá usted! (*Pensativa.*) Pues qué lástima que no

exista ese dios, porque a mí no me importaría nada creer en él y dedicarme a él para siempre, y todos los días de la semana. ¡Dionisos! (*Cuenta con los dedos.*) ¡Tiene las mismas letras que "Dimitris"! ¡Y hasta su nombre empieza también por "di"! (*Suspira con languidez.*) ¡Ay, Dimitris...! ¿Dónde estará ahora? (*Se endereza.*) Por cierto, ¿no tenía yo una carta suya? (*Recapacita unos instantes.*) Sí la tengo, que la guardé en el armario, debajo de la blusa de seda que uso para las bodas. Pero no quiero leerla todavía... (*Pensativa.*) ¡Hay que ver qué injusta es la vida! Yo me muero de ganas de ver a Dimitris, y él sin enterarse, y en cambio, Cayetano bebe los vientos por mí, y a mí Cayetano ni fu ni fa... (*Se pone a barrer. El MENDIGO aparece en el descansillo de la escalera, y baja de puntillas hasta el portal.*) Y con la película ¿qué hago? ¿Se la llevo a la policía? (*Duda un instante.*) Aunque si todos son como el que estuvo ayer, se van a reír de mí por mojigata. Dirán que son aprensiones de vieja y que en estos tiempos hay libertad sexual... (*Sigue barriendo. El MENDIGO desciende los tres escalones del portal, y se sitúa detrás de ISIDRA, conteniendo la respiración.*) Además, ¿y si luego viene el mendigo a preguntar por él...? No le va a hacer ninguna gracia que se lo haya dado a la pasma... (*El MENDIGO con todo sigilo da un paso hacia la salida, siempre a la espalda de ISIDRA.*) Eso por no pensar en cómo se pondrá doña Cruz si se entera de que he metido a un desconocido en la casa... (*El MENDIGO avanza otro paso, e ISIDRA se vuelve de repente y pega*

un respingo.) ¡Ay, qué susto! (*Se lleva las manos con la escoba al pecho.*) ¿Qué haces tú aquí?

MENDIGO- (*Avergonzado.*) Nada.

ISIDRA- ¿Cómo que nada? ¿De dónde has salido? ¿Estabas escondido en la escalera?

MENDIGO- Sí... No... Sí...

ISIDRA- ¿Sí o no? (*El MENDIGO rehúye su mirada.*) ¡Ya sé de dónde vienes! ¡Del cuarto! ¿A que sí? (*El MENDIGO no contesta.*) ¿A que hiciste una copia de la llave cuando te dejé subir?

MENDIGO- (*Asiente con la cabeza.*) Es que...

ISIDRA- (*Blande la escoba, fuera de sí.*) ¡Pues ya me la estás dando! (*El MENDIGO saca del bolsillo una llave. A la vez se le cae al suelo un pasador de pelo, que queda inadvertido para ambos. Le tiende la llave a ISIDRA, que la coge.*) ¿Qué hacías arriba? ¡Voy a llamar ahora mismo a la policía!

MENDIGO- (*Suplicante.*) ¡No, por favor! No les llames, que te prometo que no volveré nunca. Y la llave no la había utilizado hasta hoy.

ISIDRA- ¡Eso no te lo crees ni tú! Hace días que se quejan los vecinos del ruido. Y además, ¿a qué has venido?

MENDIGO- A nada. Ya me voy... (*Sale corriendo.*)

ISIDRA- ¡Anda, corre...! (*Mira al suelo, descubre el pasador, y lo coge.*) ¿Y esto? Se le ha caído a ese granuja, porque yo no lo he visto antes al barrer. (*Lo examina. Boquiabierta.*) ¡Si es el pasador de Mary Luz, el que se pone siempre...! (*Pensativa.*) Pero hoy no lo llevaba... No lo llevaba, no, y ha salido muy sofocada del portal, como si... Como si yo qué sé... Y su madre ha dicho que no la encontraba por la casa... (*Da un golpe con la escoba en el suelo.*) ¡Y dos y dos son cuatro! Porque si eso lo unes a los quejidos que dice don Cosme que oye desde el piso de enfrente, que más que quejidos de dolor serán gemidos de gusto, ahí tienes a la pánfila de Mary Luz dándose el lote con este sujeto. ¡Y en mi piso, que es lo que me duele! (*Barre la basura hacia la calle y sube los escalones del portal, pensativa.*) Y Mary Luz, ¿sabrá lo de la película...? ¡Quiá! ¡Qué ha de saber, si es chica es una pava...! ¡Si no, a buenas horas se deja engatusar por éste!

ACTO IV

(Por la mañana. ISIDRA se asoma a la calle con un paño en la mano, y alza ésta en un saludo.)

ISIDRA- ¡Hala, adiós, don Amancio! *(Para sí, murmurando, mientras frota la puerta.)* *Ya sé que no le gusta que le diga “don Amancio”, pero, si se llama así, ¿qué le voy a hacer yo? Se conoce que no le parece un nombre elegante, porque en el buzón no pone más que la “A” y luego el apellido. Como se las da de tan fino... Pero claro, las cartas vienen con el “Amancio” entero... *(Se asoma hacia la izquierda con disimulo. Para sí.)* ¡Míralo! Ahí está, esperando un taxi, y hecho un pincel: con su gabardina, sus zapatos relucientes, sus guantes asomándole por el bolsillo... Aunque demasiado ligera me parece a mí la gabardina para el fresco que hace esta mañana, y en cambio es una exageración llevar guantes, porque

estamos ya en primavera. Pero para presumir hay que sufrir... *(Mira al cielo.)* ¡Hoy parece que tampoco va a llover! ¡Ni por fuera, ni tampoco por dentro por desgracia, porque es jueves y no toca!

(CRUZ sale de entre bastidores, cruza la calle y entra en el portal. Al verla, ISIDRA se pone a pasar el paño por la puerta.)

CRUZ- *(Muy amable.)* Buenos días, Isidra, y disculpe que la moleste, pero quería pedirle que no eche usted ambientador en el ascensor, porque es tan fuerte que da náuseas. Y más aún cuando el aparato coge altura.

ISIDRA- *(Deja de limpiar, sorprendida.)* ¡Pero señora! ¡Ni que el ascensor fuera un cohete! ¡Si el pobre no puede con su alma! Y además, hasta el primero, que es donde vive usted, mucha altura no puede coger.

CRUZ- Pues sí que la coge, y llego arriba mareada del olor.

ISIDRA- Si se marea usted, no volveré a echarlo. *(Sigue limpiando malhumorada.)*

CRUZ- (*Con una sonrisa forzada.*) Dígame: ¿por fin va a montar la pensión?

ISIDRA- Si se puede...

CRUZ- ¡Por poderse...! Siempre será mejor eso que no que alquile usted el piso a unos inmigrantes, como los negros que vienen en las pateras y luego tienen que calentarse la cama unos a otros... (*Confusa.*) Que, la verdad, no sé para qué se las calientan. ¡Con poner una manta de más...!

ISIDRA- (*Deja de frotar y se ríe.*) No se las calientan, señora. Se llaman "camas calientes" porque en cuanto se queda una libre, la ocupa el siguiente...

CRUZ- ¡Qué indecencia! ¡No entiendo cómo se puede vivir así! (*Con repugnancia.*) ¡Hay que tener estómago!

ISIDRA- O no tener dinero para vivir de otra manera.

CRUZ- (*Sin escucharla.*) ¡Y para negros, bastante hacemos con aguantar a Remigio!

ISIDRA- (*Estupefacta.*) ¡Pero señora...! Don Remigio es un hombre muy respetable...

CRUZ- (*Con desprecio.*) Igual que los que vienen en las pateras.

ISIDRA- (*Con intención.*) ¡Sí, señora, exactamente igual! ¡Tan respetables como cualquiera! ¿O se cree que alguien deja su tierra y su gente para jugarse la vida en el mar si no es por una necesidad...?

CRUZ- (*Indignada.*) ¡A ver si va a resultar que es usted comunista, porque era lo que nos faltaba...! (*De pronto suaviza la voz.*) Bueno, vamos a cambiar de tema. ¿Cuándo va a abrir el hostel?

ISIDRA- (*Malhumorada.*) No sé. ¿No dijo que antes tenía que convocar una reunión?

CRUZ- (*Con una sonrisa falsa.*) ¡No hace falta, mujer! Y yo que usted, tampoco pediría permiso al Ayuntamiento. A no ser, claro, que fuera imprescindible.

ISIDRA- (*Asombrada.*) ¿Cómo dice?

CRUZ- Lo que oye. Además, si no pone usted ninguna placa, el Ayuntamiento no tiene por qué enterarse.

ISIDRA- Claro, pero entonces tampoco se enterará la gente de que aquí hay una pensión. Porque a mí, con mi sueldo, no me llega para anuncios en el periódico.

CRUZ- ¡Ah, pero el boca a boca...!

ISIDRA- ¿Qué boca a boca, señora? Si aún no me he estrenado, nadie puede decir nada de mí. Ni bueno, ni malo.

CRUZ- Eso es lo de menos. Yo le proporcionaría un huésped, si usted quiere.

ISIDRA- (*Boquiabierta.*) ¿Ah, sí? ¿Y quién?

CRUZ- Se lo diré cuando sea seguro. ¿Tiene camas?

ISIDRA- Todavía no. Sólo la de la pobre doña Micaela, y está muy vieja...

CRUZ- Pues cuente también con la del pobre don Guzmán. ¿Qué le parece?

ISIDRA- (*Encogiéndose de hombros.*) No sé qué decirle. No quiero parecer desagradecida, pero yo había pensado en poner muebles más alegres... Aunque, como no tengo dinero, la verdad es que cualquier cosa me viene bien...

CRUZ- (*Decidida.*) Entonces, quedamos en eso. Cuando cierre la portería, viene a mi casa a recoger la cama.

ISIDRA- ¡Es que no puedo subírmela yo sola!

CRUZ- ¡Huy, ya lo creo que puede! ¡Usted puede con todo! No es como yo, que por desgracia estoy tan delicada... (*Sube al ascensor, cierra la puerta, y se oye renquear trabajosamente al motor.*)

ISIDRA- ¡Bruja! (*Pensativa, dando vueltas al paño entre los dedos.*) No quedará mal la cama de don Guzmán si le doy la pintura azul que sobró de la puerta del baño... ¡Y ya puedo empezar a montar la pensión! Esta misma tarde iré a encargar la placa, una placa de verdad, de color dorado y con sus comillas y todo, para que luego no diga don César... (*Eufórica.*) ¡Esto hay que celebrarlo! (*Se queda cortada.*) ¡Ah, no, que hoy no me toca...!

(*Aparece el MENDIGO, limpio y peinado.*)

ISIDRA- (*Enfadada.*) ¡El que faltaba! ¿No te dije ayer que no volvieras por aquí?

MENDIGO- (*Con humildad.*) No he venido más que a buscar una cosa que se me olvidó en el piso. ¿Podemos subir un momento?

ISIDRA- (*Categórica.*) En mi piso no hay nada.

MENDIGO- Pues si no lo has cogido tú, estará ahí.

ISIDRA- Pero ¿qué es exactamente?

MENDIGO- (*Baja la voz y se acerca a ISIDRA. Apremiante.*) Un disco. Un disco grabado que es importantísimo para cierta persona que yo conozco.

ISIDRA- (*Recelosa.*) ¿Ah, sí? ¿Y quién es esa persona?

MENDIGO- (*Con aire de misterio.*) Una persona también muy importante.

ISIDRA- ¡Vaya, hombre, con qué gente te tratas! (*Burlona.*) ¡Por eso vienes tan repilindo! ¿Has quedado con el dueño del disco? (*Irritada.*) ¿Con el guarro ese?

MENDIGO- ¿Guarro? ¿Por qué le llamas guarro?

ISIDRA- ¿No dices que es suya la película?

MENDIGO- (*Sorprendido.*) ¿Qué película?

ISIDRA- Esa asquerosidad que se te ha olvidado en mi piso...

MENDIGO- ¿Asquerosidad? Pero ¿no es música?

ISIDRA- ¿Música? ¡Es una película pornográfica! .

MENDIGO- (*Con vivo interés.*) ¿Ah, sí?

ISIDRA- ¡Peor que pornográfica! ¡Y no te hagas el inocente! Por eso tienes tanto interés en recobrarla. ¡No sé cómo no se te cae la cara de vergenza!

MENDIGO- Pero no es mía. Es de otra persona...

ISIDRA- Pues dile a esa persona que ahora ya no es de nadie. ¡Que la voy a tirar a la basura! (*Da un paso hacia el MENDIGO amenazante, sacudiendo el paño.*) Y ahora, ¡o te largas de aquí escopetado o llamo a la policía!

MENDIGO- (*Retrocede.*) ¡Bueno, bueno, qué modales! (*Sale corriendo del portal hacia la izquierda, y se pierde entre bastidores.*)

ISIDRA- (*Respira hondo.*) ¡Menudo sinvergüenza! Aunque, o es muy buen actor o es verdad que no sabía que era una película pornográfica... (*Cuelga el paño en el tirador de la puerta, entra en la portería, y vuelve a salir a la calle con el disco en la mano. Mira a uno y otro lado, se dirige a la izquierda y se mete entre bastidores. Vuelve sin el disco y sacudiéndose las manos*) ¡Hala, ya está! Si ese granuja me está espiando y quiere ir ahora a cogerlo de la papelera, que vaya. No es asunto mío. Yo ya me he quitado el problema de encima. (*Suspira.*) ¡Y menudo alivio, no tener esa cosa en mi casa!

(**CÉSAR** baja el tramo de escaleras y sale al portal.)

CÉSAR- ¡Siempre está ocupado el ascensor! (**A ISIDRA.**) Esta noche le llevaré los muebles a su piso.

ISIDRA- (*Sorprendida.*) ¿Qué muebles?

CÉSAR- Dos sillas de cocina y la butaca grande del salón. Está desfondada y no se puede usar, pero si la arregla... Y aunque no la arregle, queda muy bien en el recibimiento. Siempre que no se siente nadie, claro. Colchones no le puedo dar, porque sólo tengo el de mi cama...

ISIDRA- (*Pasmada.*) Pero ¿de qué me habla?

CÉSAR- De los muebles que me ha dicho la presidenta que necesita usted para la pensión. ¿Es que no sabe que está haciendo una colecta entre los vecinos?

ISIDRA- ¿Yo? ¡Primera noticia!

CÉSAR- Pero ¿los quiere usted o no?

ISIDRA- Hombre, como venirme, me vienen muy bien, pero a doña Cruz no hay quien la entienda. Hace dos días se negaba a que pusiera una pensión, y ahora me la va a montar ella solita...

CÉSAR- (*Decidido.*) Bueno, yo se los llevo esta noche, y si no le gustan, ¡con tirarlos...! Voy a cambiar la casa de arriba abajo. Y ahora la dejo, que tengo mucha prisa... (*Sale.*)

ISIDRA- ¡A cambiar la casa! Eso me huele a que vuelve su mujer... (*Suspira.*) ¡Pues con su pan se lo coma...!

(**SONSOLES** viene por la calle y entra al portal.)

SONSOLES- ¿Qué haces, Isi?

ISIDRA- Ya ves. ¿Y tú? ¿Se te ha pasado ya el berrinche del otro día?

SONSOLES- ¡A la fuerza ahorcan! ¡No va a ser todo llorar! Me ha mandado Carlota a Santa Magdalena a encargarle un novenario a su hermana, y digo, ya que voy, me acerco a ver a la Isi, que está siempre tan sola...

ISIDRA- (*Indignada.*) ¿Sola yo? ¡Más quisiera! Ni siquiera cuando me meto en la cama, porque siempre me acuesto con el miedo de que suene el teléfono o el timbre por cualquier urgencia... ¡En este trabajo no hay soledad ninguna!

SONSOLES- (*Extrañada.*) Bueno, pues mejor, ¿no? Estar solo es muy triste.

ISIDRA- Yo no lo sé, porque no puedo catarlo. Lo que sí te digo es que tener que estar con los demás por narices es una condena.

SONSOLES- (*Mohína.*) No te he pillado en buen momento, ¿verdad?

ISIDRA- (*Suavizándose.*) No muy bueno, no. Será porque es jueves y los jueves... Pero vamos a lo tuyo: ¿qué ha pasado con la pulsera?

SONSOLES- ¡Nada! Me la he guardado yo, y aquí paz y después gloria.

ISIDRA- (*Sorprendida.*) ¿Y eso lo sabe Carlota? Porque si era de su hermana...

SONSOLES- Es que Piedita me la había dado a mí...

ISIDRA- Pero ¿no me dijiste que apareció de repente por arte de magia? (**SONSOLES niega con la cabeza, compungida.**) ¡No entiendo nada, chica! Ven, pasa y cuéntamelo despacio. Pero la verdad. (*Entra en la portería y SONSORES la sigue.*) (*Se sienta, y SONSORES la imita con prevención.*)

SONSOLES- (*En voz baja.*) ¡No es lo que tú te crees! ¡Yo no la he robado! Me la dio Piedita hace muchos años, pero no para mí, sino para... (*Se interrumpe.*)

ISIDRA- (*Impaciente.*) ¿Para...?

SONSOLES- (*En voz más baja y con aire de misterio.*) Para un hombre...

ISIDRA- (*Boquiabierta.*) Pero ¿un hombre, hombre? Quiero decir: tú ya me entiendes.

SONSOLES- Sí. Uno que le gustaba y estaba en un apuro.

ISIDRA- ¡Pues ya le tenía que gustar para regalarle una joya tan valiosa! ¡Hay que ver cómo nos está saliendo doña Piedita...! (*Recelosa.*) ¿Ese hombre no sería Cayetano? (**SONSOLES niega con la cabeza.**) ¡Vamos, Sonsoles, chica, desembucha! ¿Le conocías tú?

SONSOLES- Sólo de vista. Era mucho más joven que ella, pero ella se encalabrinoó con él. Y no es que yo la critique, que todo esto le pasó por buena. Como le entró la manía de hacer obras de caridad, metía la nariz en todas partes buscando pobres, y a veces daba con gente un poco rara. A éste mismo le perseguía la policía, y hasta llamaron a declarar a la propia Piedita, porque sabían que se trataba con él. ¡Menos mal que Carlota no se enteró de nada, que si no...! (*Sacude la mano de arriba abajo.*)

ISIDRA- ¿Y qué hizo Piedita?

SONSOLES- Dejé de verle, por si acaso la seguían y le pillaban, y luego me mandó a mí a que le diera la pulsera a escondidas de su hermana, para que la vendiera y se fuera al extranjero. Por lo visto la pobre pensaba irse con él cuando estuviera ya instalado. ¡Con decirte que tenía planes de boda...!

ISIDRA- (*Asombrada.*) ¡Caramba! ¿Y él también quería casarse?

SONSOLES- ¡Qué va! Debió de enfadarse muchísimo, y no volvió a dar señales de vida. Y mejor que fuera así, aunque a ella le entró una depresión, que ni te cuento. Para colmo, después ocurrió lo del niño...

ISIDRA- Y él, ¿por qué se enfadó?

SONSOLES- Porque no llegué a darle la pulsera y la estaba esperando como agua de mayo... Y el caso es que se la llevé, pero...

ISIDRA- (*La mira. Impaciente.*) Pero ¿qué?

ISIDRA- (*Quejumbrosa.*) ¡Ay, Isidra, no me mires así! Que cuando llegué al bar donde él solía parar, me lo encontré ligando con otra. O sea, poniéndole los cuernos a doña Piedita. Si le llega a ver ella, se muere del disgusto. Por eso decidí quedarme con la pulsera y no decirle la verdad a la pobre hasta que no pasara el tiempo, y ya no le importara tanto el hombre aquel. De momento le conté que se la había entregado, y ella pensó que, gracias a eso, estaba a salvo...

ISIDRA- (*Con intención.*) Y después le explicaste lo ocurrido y le devolviste la pulsera...

SONSOLES- (*Baja la cabeza.*) No.

ISIDRA- ¿Ah, no? ¿Y cómo es eso?

SONSOLES- Es que un día Carlota se la pidió prestada para una comunión, y Piedita no se atrevió a confesarle que la había regalado, y fingió que se la había perdido, y entonces Carlota sospechó que la había robado yo.

ISIDRA- Pero su hermana le diría que eras inocente...

SONSOLES- Sí, pero la otra creyó que me estaba encubriendo y se pusieron a discutir y Piedita se enfadó tanto por defenderme a mí que a ver con qué cara iba a soltarle luego que en realidad tenía yo la pulsera... Así que lo dejé estar...

ISIDRA- *(Con severidad.)* Total, que, por hache o por be, te quedaste con ella.

SONSOLES- Pero mi intención era devolverla, Isi. Por eso te conté el otro día que había aparecido de repente, porque era lo que iba a contarle a Carlota... Hice la prueba antes contigo, y como vi que no colaba, ya no me atreví a probar con ella, y me guardé la pulsera otra vez.

ISIDRA- Pues si Carlota te la pilla, se te va a caer el pelo, y con razón.

SONSOLES- *(Apurada.)* ¿Qué hago entonces?

ISIDRA- No lo sé, chica. En este caso creo que lo mejor es contárselo todo a los maderos, ponerles las cosas bien claritas para que las entiendan y no sospechen de ti. Pero sin fantasmas ni zarandajas de ésas.

SONSOLES- No sé yo... ¡Me da tanto miedo hablar con ellos...! *(Se mira el reloj.)* Bueno, me voy, a ver si encargo las misas esas... *(Se levantan las dos.)* Adiós, Isi, y gracias... *(Sale, cabizbaja.)*

ISIDRA- (*Pensativa.*) Y lo que digo para ella, vale lo mismo para mí. Debería llamarles y contarles lo del disco, por si acaso tiene que ver con este asunto. Claro que lo mejor es que siga mis propios consejos y me aclare antes yo misma, para saber lo que voy a decirles... A ver si escribiéndolo saco algo en limpio... (*Coge una libreta del mueble oculto tras la cortinilla, busca una hoja limpia, y va tomando nota mientras habla.*) Para empezar, hay un disco con una película porno en la que sale un niño, y un mendigo, que quiere recuperarlo a toda costa, aunque dice que no es suyo. Y luego, Mary Luz, que se acuesta con él... (*Levanta el bolígrafo, pensativa.*) Aunque Mary Luz no puede ser la cómplice de ese hombre. No sé por qué, pero lo sé... Antes sospecharía de cualquiera: de Eulogio, que mintió en lo del cambio para tabaco, o de Carlota, que a lo mejor le envidiaba a escondidas los novios a su hermana... (*Chupando el extremo del bolígrafo, concentrándose.*) El caso es que el mendigo pide a la puerta de la iglesia, y a la iglesia van muchos niños a la catequesis del padre Raposo. Por ejemplo, los que Piedita le llevaba, como el crío que desapareció. Y a Piedita la han asesinado... Alguna relación tiene que haber entre todo esto... Y encima está la tonta de Sonsoles, con sus historias del fantasma y la pulsera. (*Pensativa.*) Claro que a lo mejor no es tan tonta, porque así como quien no quiere la cosa, se ha sacudido las sospechas de

encima para echárselas a los demás: primero a Cayetano, y ahora a ese hombre misterioso, amante de doña Piedita... Y yo de Cayetano me fío, o por lo menos me fío más que de Sonsoles... Pero del otro, no. El otro no era de fiar, y a lo mejor quería vengarse de la pobre señora por no haberle llevado la pulsera... (*Da un salto. Muy excitada.*) ¿Y si resulta que es él el mendigo? Si no se fue al extranjero porque no tenía dinero, no es raro que haya terminado pidiendo. Además, también cuadra la edad, porque, según Sonsoles, ese hombre era mucho más joven que Piedita, lo mismo que el mendigo... A lo mejor por eso andaba por el barrio, buscando una ocasión para pedirle cuentas... Y también podía ser él el que rondaba por la verja del colegio... (*Aparta la libreta y el bolígrafo y se pasa las manos por la cara.*) ¡Qué despacito pienso sin beber! Ahora mismo daría lo que fuera por un vinito, que, aunque hoy no me toca, no se me va de la cabeza... (*Se yergue.*) En fin: ¡a lo que vamos! O sea, que el amante y el mendigo son la misma persona, y esa persona perseguía a la pobre Piedita. Luego se perdió un niño y, si ella estaba tan segura de que lo habían secuestrado, debía de ser porque este hombre la había amenazado con hacer algo así, si no le daba la pulsera. Claro que ella no sabía que se la había quedado Sonsoles... Pero el caso es que él no la había recibido y a lo mejor la mató por eso... ¡Ay, qué lío! Necesito aclararme las ideas... (*Hace una pausa, suspirando.*) ¿Bebo o no bebo? No puedo echarlo todo por la borda, después

de tanto esfuerzo, aunque por una vez... No se va a enterar nadie más que yo. Luego lo recupero, en alguna ocasión en que no tenga tantas ganas de beber... Quizá mañana mismo... *(Se levanta y se mete tras la cortinilla, aunque al poco sale, arengándose a sí misma.)* ¡Qué mañana ni que ocho cuartos! Mañana tendré aún más ganas. Lo que debo hacer es llamar ahora mismo a la policía y contarles lo que sé, por si acaso... Y lo que sé es que todo apunta hacia el mendigo. *(Coge la libreta y la hojea, buscando algo, que por fin encuentra.)* Aquí está el número del sargento. *(Se acerca a la estantería, descuelga el teléfono, y marca, consultando la libreta.)* Oiga, ¿me pone con el sargento Gálvez? *(Pausa breve.)* Para un asunto importantísimo... *(Pausa.)* Sargento, soy Isidra, la portera del número cinco de... *(Pausa breve, en la que escucha.)* Pues verá: creo que tengo un sospechoso. *(Pausa breve.)* No puedo ir ahora, pero se lo digo en dos palabras: es un mendigo al que metí en el piso que he heredado para que pasara allí la noche, y, cuando se fue, se había olvidado un disco con una película pornográfica en la que un hombre hacía cosas con un niño... *(Pausa breve.)* Eso, un pederasta. *(Pausa breve. Con voz insegura.)* La tiré... Fue un repente. *(En tono de disculpa.)* Es que él vino a pedírmela al día siguiente, y me entró miedo... *(Pausa.)* Si estuve a punto de llamarles a ustedes, pero por no molestar... *(Pausa breve.)* ¿El nombre de ese hombre? No se lo pregunté. *(Pausa larga, que interrumpe, indignada.)* Perdone, pero ¿cuántos años

me echa? Porque aún no tengo edad para chochear. *(Pausa.)* Le metí en casa porque llovía, y no le pregunté cómo se llamaba porque le conocía de vista, de verle pedir en Santa Magdalena. Pero eso no significa que esté mal de la cabeza... *(Pausa.)* ¿Pedro Benavides? No, el nombre no me dice nada... *(Pausa, en la que escucha consternada.)* ¿Cómo dice? ¿Que era el mendigo y le han...? *(Se lleva la mano libre a la cabeza.)* ¡Qué espantoso! *(Pausa.)* ¿El perro de una ciega? ¡Pobre hombre, qué muerte tan terrible! *(Pausa.)* ¡Ah, que el perro lo ha encontrado! *(Molesta.)* Sí que me he enterado, sí: que apareció en un parque y le habían apuñalado por la espalda... *(Tapa el auricular con la palma de la mano. Aparte.)* Pues sí, ya ve usted, yo pensaba que era él el asesino de Piedita... No sé cómo se me ha ocurrido, la verdad...

CRUZ- *(Baja por la escalera.)* ¡Isidra!

ISIDRA- *(En voz más alta.)* ¡Oiga! ¿Me oye...? *(Mira el auricular, enfadada.)* ¡Me ha colgado! ¡Vaya unos modales! ¡Y vaya chasco que me acabo de llevar!

CRUZ- ¡Isidra! ¿Es que no me oye? *(Entre aspavientos.)* ¡Qué horror! ¡Qué crimen!

ISIDRA- *(Asustada.)* ¿Crimen?

CRUZ- El que ha cometido usted con la cama. ¡Un mueble de estilo!

ISIDRA- (*Malhumorada.*) ¿De estilo? ¿De qué estilo? De estilo funeral sería, por lo triste que era. Ha quedado más bonita de azul.

CRUZ- ¡Qué va a quedar más bonita! Y si no, compárela con la gemela que tengo yo en mi casa. Si llego a saber que iba a pintarla, no le habría dado la de mi marido. Ahora ya nunca se podrán juntar... (*Suspira.*) Como nos pasa a don Guzmán y a mí.

ISIDRA- (*Irritada.*) ¿No es usted tan católica? Porque entonces creerá en la otra vida y en que volverán a verse allí...

CRUZ- De todos modos. También usted estaría afligida cuando su marido se murió...

ISIDRA- (*Con paciencia.*) Es que mi marido no se ha muerto, doña Cruz. Se lo he dicho mil veces: está pegándose la vida padre con otra mujer.

CRUZ- (*Da un manotazo al aire.*) Bueno, bueno, no me cuente indecencias. ¿Le han dado algún mueble los vecinos?

ISIDRA- Sí. Don César me ha dicho...

CRUZ- ¡Estupendo! Entonces ya puede empezar a funcionar el hostel. ¡Enhorabuena!

ISIDRA- (*Sorprendida.*) Gracias, pero aún no tengo nada organizado...

CRUZ- Pues espabile, porque ya cuenta también con un cliente.

ISIDRA- (*Boquiabierta.*) ¿Ah, sí? Y ¿quién...?

CRUZ- (*Muy decidida.*) Don Ildefonso. Me voy a ir unos días a Oviedo con mi..., con doña Pacita, y se me ha ocurrido que dónde mejor le iba a dejar que con usted...

ISIDRA- (*Indefensa.*) Pero no puedo recibir a nadie todavía...

CRUZ- ¿Cómo que no? Si uno monta un alojamiento, es para poner las habitaciones a disposición de los clientes.

ISIDRA- Ya, pero... (*Apuradísima.*) ¡Es que no hay nada más que su cama y poco más...!

CRUZ- Eso no le importará a don Ildefonso. Es un hombre muy sencillo.

ISIDRA- ¿Y quién se va a hacer cargo de él? Porque bastante tengo yo con la portería...

CRUZ- (*Perpleja.*) Entonces, ¿cómo pensaba arreglárselas con los otros huéspedes?

ISIDRA- Es que los otros huéspedes no serán como su cuñado, que necesita a una persona dedicada a él en exclusiva. A los demás, con tenerles todo limpio, van que chutan.

CRUZ- Pues hable usted con la chiquita esa que la sustituyó cuando se rompió usted la pierna, esa tal Socorro. Podrá echarle una mano...

ISIDRA- Sonsoles. Y ya le dije que ahora está fija en casa de doña Carlota... (*Aparte.*) Si es que no acaba en la cárcel por estúpida...

CRUZ- (*Sin escucharla.*) Ya verá como entre las dos se las apañan... ¡Y alegre esa cara! Alguna vez hay que empezar, y mejor que se estrene con alguien de confianza, como don Ildefonso, para coger experiencia. En fin, ¿cuánto cobra por noche?

ISIDRA- No lo he pensado aún...

CRUZ- Pues eso es lo primero en un negocio. Voy a entrar un minuto y lo arreglamos ahora mismo entre las dos. (*Entra decidida en la portería e ISIDRA la sigue. Con falsedad.*) Está muy agradable este cuartito. Muy mono. ¿Tiene usted papel y bolígrafo? ¡Ah, ya veo! (*Coge el bolígrafo y la libreta que se quedaron sobre la mesa.*) En un pis pas le pongo yo los precios.

ISIDRA- Pero oiga, doña Cruz, es que...

CRUZ- ¡No hay peros que valgan! (*Rellena una hoja de números y letras, mientras ISIDRA la mira asombrada. Se la muestra.*) Vea usted. Esta cantidad de aquí es por noche. Aunque a los huéspedes de larga duración, como don Ildefonso, tendrá que hacerles una tarifa especial...

ISIDRA- (*Casi sin voz.*) Pero... ¿cuánto tiempo va a quedarse el señor?

CRUZ- (*Vuelve a sumirse en sus anotaciones.*) Calle, que estoy calculando la rebaja. (*Le muestra la libreta, señalando unos números a golpe de bolígrafo.*) Mire, a ver qué le parece...

ISIDRA- (*Examina el papel. Indignada.*) ¡Pero doña Cruz! Si tengo que darle tres comidas diarias, con los precios que me ha puesto usted, salgo perdiendo. Y eso, sin contar con el trabajo...

CRUZ- A mí me parece una cantidad muy razonable. Y más, teniendo en cuenta que somos vecinos, y que, gracias a mí, la comunidad aprobará el proyecto. Aparte de la cama que le he regalado, y de los muebles que le den los demás. Y a los próximos clientes ya les sube usted la tarifa lo que quiera.

ISIDRA- Pero es que yo no puedo así, tan de repente... Y menos en esas condiciones...

CRUZ- (*Sin hacer caso de su protesta.*) ¿Cuándo le llevo a mi cuñado? ¿Este fin de semana le viene bien? Porque mi her..., la pobre doña Pacita me necesita con urgencia.

ISIDRA- (*En un amago de firmeza.*) Desde luego hasta el lunes por lo menos no habré tomado una determinación...

CRUZ- ¿Hasta el lunes no abre usted? Falta mucho. Tendré que consultárselo a doña Pacita. Esperemos que no le importe... *(Sale de la portería y desaparece en el ascensor.)*

ISIDRA- *(Alza el puño hacia el ascensor.)* ¡Ya veremos de aquí al lunes! *(Para sí.)* ¡Vamos, que me la ha metido doblada! Y es que el sargento me ha dejado amuermada con la noticia... Pero de todas formas, estando bebida, esto a mí no me pasa...

(MARY LUZ aparece en el descansillo y empieza a bajar sigilosamente el tramo de escalera, pero al ver a ISIDRA, se da media vuelta y desaparece por el rellano.)

ISIDRA- *(A gritos.)* ¡Mary Luz, que te he visto! *(Para sí.)* ¡Pues sí que anda hoy bien el personal!

(MARY LUZ baja las escaleras despacio. Lleva el pelo recogido.)

ISIDRA- ¡Precisamente quería hablar contigo! ¿Por qué te escondes?

MARY LUZ- *(Azorada.)* No es eso. Es que estaba esperando a... A...

ISIDRA- Ahora me lo cuentas. (*Le mira la nuca a MARY LUZ.*) ¡Qué pasador más mono llevas! Por cierto, que el otro día me encontré arriba uno de concha que es tuyo también... Uno que te pones mucho... Y estaba en el cuarto, en lo que ahora es mi piso, al lado de la cama. (*Clava los ojos en MARY LUZ.*) ¿Cómo habrá llegado hasta allí?

MARY LUZ- (*Balbuzeante.*) ¿O sea que...? (*Mira a ISIDRA.*) ¿Lo sabe usted?

ISIDRA- ¿Que te montabas allí tus apaños mientras yo estaba en la portería? Sí, hija: sé eso... y otras cosas.

MARY LUZ- (*Se tapa la cara con las manos.*) ¡Qué vergüenza! ¡Perdóneme! ¡Lo siento!

ISIDRA- (*Le aparta las manos de la cara.*) ¡Vamos, Mary Luz! ¡Eso ahora es lo de menos!

MARY LUZ- (*Suplicante.*) ¡Ay, por Dios, no se lo diga a mi madre!

ISIDRA- No te apures, que de mí no va a salir ni una palabra. Pero a cambio, me tienes que contar tú la verdad.

MARY LUZ- (*Sorprendida.*) ¿Qué verdad? ¡Ésa es toda la verdad!

ISIDRA- *(Tira de ella levemente.)* Ven, pásate a la portería. *(Entra en la portería y MARY LUZ la sigue.)* Y siéntate, que tenemos para rato... Con cuidado, que esa silla no aguanta... *(Se sientan las dos.)* Para empezar: ¿de qué conocías tú a Piedita?

MARY LUZ- ¿Quién es Piedita?

ISIDRA- La mujer que estrangularon en “La Cueva”.

MARY LUZ- *(Extrañada.)* ¿Yo? De nada.

ISIDRA- ¿Y al mendigo, de qué le conocías?

MARY LUZ- *(Con cara de despiste.)* ¿A qué mendigo?

ISIDRA- *(Fuera de sí.)* ¡Vamos, chica! ¡Con el que te acostabas en mi casa!

MARY LUZ- *(Boquiabierta.)* ¿Pedro? ¡Pero no es un mendigo! Es modelo de un pintor. Por eso va vestido de bohemio...

ISIDRA- De lo que sea. ¿De qué le conocías?

MARY LUZ- De nada. Usted me dijo que había venido a buscar trabajo...

ISIDRA- ¿No erais amigos de antes?

MARY LUZ- No, se lo juro. *(Asustada.)* Si se enteran mis padres...

ISIDRA- Así que no llevabais ni una semana juntos.
¿No me engañas?

MARY LUZ- No...

ISIDRA- Mejor para ti.

MARY LUZ- (*Recelosa.*) ¿Por qué mejor?

ISIDRA- Porque así te evitas líos.

MARY LUZ- Pero ¿qué líos? ¿Dónde está él?

ISIDRA- (*La mira al fondo de los ojos.*) ¿De verdad no sabes nada?

MARY LUZ- De verdad. Creía que iba a venir...

ISIDRA- Pues lo siento, hija, pero no va a venir. Le han asesinado. (**MARY LUZ** abre unos ojos como platos.) Me lo acaba de decir la policía.

MARY LUZ- (*Le agarra las manos a ISIDRA.*) Pero... ¿quién...? ¿Y por qué?

ISIDRA- Por lo visto apareció en un parque... Le habían clavado un cuchillo. Siento decírtelo así, pero más vale que te enteres por mí que no que te lo encuentres de sopetón en las noticias. Aún no se sabe quién lo hizo...

MARY LUZ- ¡No es posible! ¡Me está engañando!

ISIDRA- *(Mueve la cabeza de un lado a otro.)* ¡Qué más quisiera yo, Mary Luz!

MARY LUZ- ¡No puede ser verdad! ¡No puede ser!
(Rompe a llorar.)

ISIDRA- *(Se levanta y le acaricia la cabeza a MARY LUZ.)* Por desgracia es verdad, hija. Anda, cálmate, no vaya a pasar alguien...

MARY LUZ- *(Se descubre los ojos. Llorando.)* ¿Qué me importa a mí ya nada?

ISIDRA- Pero ¿tanto le querías, mujer? Y entonces, ¿qué pasa con tu novio?

MARY LUZ- No lo compare. Pedro era el primero...
(Entre sollozos.) Además, hay una cosa que no me puedo quitar de la cabeza...

ISIDRA- *(Aparte, con intención.)* Mientras sea de la cabeza y no de otra parte del cuerpo... **(MARY LUZ la mira sorprendida. ISIDRA le da una palmadita en el hombro.)** ¿Qué es lo que no te puedes quitar de la cabeza? **(MARY LUZ mira intranquila hacia la escalera.)** No te preocupes que yo me conozco el ruido que hace cada puerta, y te aviso si viene alguien...

MARY LUZ- *(Toma aire tres o cuatro veces.)* Es que... A lo mejor a Pedro le han matado por mi culpa. Ya estaba preocupada yo de antes, y ahora...

ISIDRA- (*Vivamente.*) ¿Ahora... qué? ¡Cuéntame lo que sea de una vez!

MARY LUZ- Verá: él tenía una película grabada. (**ISIDRA** *se agarra a la mesa para no dar un salto.*) Una película de un compañero de mi padre. Todo pasó por un descuido mío, que me la dejé en su piso... Pedro la encontró y, como él no tenía deuedé, se la llevó a un amigo de regalo...

ISIDRA- (*Sin aliento.*) ¿Y de qué trataba esa película?

MARY LUZ- Una película de esas sucias. (*Con aire de disculpa.*) A mi padre se la habían prestado, no era suya...

ISIDRA- ¡Ya, ya! Pero ¿cómo de sucias? ¿Con hombres y mujeres o... con niños?

MARY LUZ- (*Sorprendida.*) ¡Con hombres y mujeres! ¿Cómo iba a ser con niños?

ISIDRA- ¿Y qué hacías tú con ella?

MARY LUZ- La llevaba mi padre en el coche. Aparcó en doble fila porque no había sitio, y, cuando vi desde el balcón que quedaba un hueco libre, bajé a meterle el coche ahí, y entonces me encontré con el disco que asomaba por debajo del asiento y lo cogí para dárselo...

ISIDRA- ¿Y cómo es que acabó en mi piso?

MARY LUZ- (*Baja los ojos avergonzada.*) Porque más tarde había quedado allí con Pedro, así que aproveché la excusa de ir a aparcar para llevar a escondidas dos latas de cerveza frías de nuestra casa... (*Con la voz quebrada.*) Como en su casa no hay nevera...

ISIDRA- ¡No te echas a llorar ahora! ¡Sigue! ¿Qué pasó después?

MARY LUZ- (*Suspira hondamente.*) Que, con las prisas, debí de dejarme el disco en el mueble de la entrada con las cervezas, y ya no me acordé de él hasta que mi padre me preguntó si lo había cogido yo del coche. El pobre estaba apuradísimo. ¡Imagínese, preguntarle a tu hija por una película porno! Por eso tenía tanto interés en recuperarla, para que yo no la viera... Bueno, por eso y porque no era suya...

ISIDRA- Y ¿le explicaste que te la habías llevado tú?

MARY LUZ- No me atreví, porque entonces habría tenido que confesarle que estaba en su piso, y por qué estaba allí... Así que, para ganar tiempo, le aseguré que no la había visto. Pensaba dársela más tarde, pero Pedro me contó que se la había llevado a su amigo...

ISIDRA- (*Con mucho interés.*) ¿Y eso cuándo te lo dijo?

MARY LUZ- (*Se encoge de hombros.*) ¿Por qué lo pregunta?

ISIDRA- Tú contesta: ¿fue antes o después de que yo le quitara la llave del piso?

MARY LUZ- Antes, claro. Si la cogió de allí, a la fuerza tenía aún la llave.

ISIDRA- Es que a mí vino a pedirme la película cuando ya no la tenía. Por eso me la pidió, porque él no podía entrar a buscarla. Así que no se la había llevado a su amigo todavía.

MARY LUZ- (*Perpleja.*) ¿Y por qué iba a mentirme a mí?

ISIDRA- ¡Y yo que sé! Lo que es seguro es que no te dijo la verdad, porque el disco lo encontré yo en el piso, y en vez de dárselo a él, lo tiré a la papelería de la esquina. Si lo cogió de allí, y lo que hizo después con él, eso ya no lo sé.

MARY LUZ- (*Lloriqueando.*) No me puedo creer que me engañase... Ni tampoco que le diera la película a su amigo después de que yo se la hubiera pedido...

ISIDRA- No te lo tomes tan a pecho. A lo mejor quería verla antes de devolvértela, y, como era porno, prefería que tú no te enteraras, y por eso te puso la excusa del amigo...

MARY LUZ- ¿Y usted piensa que me iba a contar una mentira estando a punto de morirse...?

ISIDRA- ¡Mujer, es que él no se imaginaba que fueran a asesinarle!

MARY LUZ- (*Recapacita.*) No, claro... Pero el amigo existía, estoy segura. (*Abre unos ojos como platos. Temblorosa.*) Y a lo mejor le ha asesinado él...

ISIDRA- ¿Cómo se te ocurre una cosa así?

MARY LUZ- Porque Pedro me dijo que era un broncas, y que no quería devolverle el disco. Aunque él estaba decidido a sacárselo por las buenas o por las malas, y me prometió que al día siguiente lo tendría mi padre en las manos... (*Se le escapa un sollozo.*) Que él mismo se lo entregaría, si hacía falta...

ISIDRA- (*Con vivo interés.*) ¿Eso te dijo? ¿Qué él mismo se lo entregaría a tu padre? (**MARY LUZ asiente.**) ¡Míralo qué chistoso! ¡Aunque bien cara le salió la broma!

MARY LUZ- (*Extrañada.*) No lo decía en broma. Yo me asusté, porque no quería que mi padre se enterara de... de nuestra relación. (*Lloriqueando.*) Además, me daba muy mala espina lo del amigo. Y el mismo Pedro estaba muy nervioso... Intenté convencerle de que no se peleara con él, de que lo de la película no era tan importante, pero no me hizo caso... ¡Y fíjese, por una tontería...! (*Se echa a llorar.*)

ISIDRA- A lo mejor no era una tontería. Si él tenía tanto interés en recobrarla, por algo sería... (*Se levanta y se asoma a la puerta. En un aparte.*) Por ejemplo, para sacarle los cuartos a tu padre.

MARY LUZ- (*Alarmada.*) ¿Qué dice? ¿Baja alguien?

ISIDRA- No. Es que me había parecido... No llores, chica. O llora lo que necesites, pero ni una lágrima de más. Yo le diré a la policía todo lo que me has contado...

MARY LUZ- Pero quiero decírselo yo... ¡Quiero que cojan al asesino de Pedro!

ISIDRA- ¡Tiempo habrá! Déjalo para cuando vengan a preguntarte... (*Persuasiva.*) Hazme caso, que vas a necesitar mucha tranquilidad para enfrentarte a todo lo que se te viene encima...

MARY LUZ- ¿Qué es lo que se viene encima?

ISIDRA- (*Azorada.*) No sé... Todo esto... Lo que tienes que hacer, cuando las aguas vuelvan a su cauce, es rehacer tu vida y buscarte un novio aquí, un novio al que puedas ver todos los días.

MARY LUZ- (*Indignada.*) ¡Nunca volveré a tener novio después de esto! ¡Ni siquiera a Pippo le quiero ya!

ISIDRA- Bueno, bueno. Límpiame los ojos. Espera, que te doy un pañuelo... (*Busca en la estantería y le tiende una bolsa de pañuelos de papel.* **MARY LUZ** *saca uno y se limpia.*) Oye, Mary Luz, dime una cosa más: ¿tenía Pedro amistad con los curas de Santa Magdalena? ¿Con el padre Raposo, por ejemplo?

MARY LUZ- ¿Pedro? ¡Qué va! No podía ver a los curas ni en pintura. Era capaz de cruzarse de acera por no pasar al lado... (*Sonríe recordando.*) Una vez lo hizo...

ISIDRA- A lo mejor porque les conocía y no quería encontrárselos... Lo digo porque me había parecido verle a veces por la iglesia...

MARY LUZ- No sería él. (*Hipa y suspira.*) ¡Ay, Isidra! No sé si tengo yo la culpa de que le hayan matado...

ISIDRA- ¡Ni lo pienses! Nadie asesina a nadie por una película pornográfica, y menos como están las cosas hoy en día. Sería una rencilla que tenían entre ellos, Pedro y el otro hombre, fuera quien fuera...

MARY LUZ- ¿Se nota mucho que he llorado?

ISIDRA- Un poquito. Yo que tú me iba a dar una vuelta para que no te pregunten nada en casa...

MARY LUZ- Tiene razón. *(Se levanta y sale de la portería. Baja cabizbaja los escalones del portal, y se queda parada ante éste, sin saber qué camino tomar. Por fin echa a andar lentamente hacia la izquierda. ISIDRA se mete tras la cortinilla.)*

ACTO V

(Por la tarde. Sale **ISIDRA** con la taza de vino.)

ISIDRA- (Da un trago largo.) ¡No me queda más remedio que llamarle! (Deja la taza en la estantería, descuelga el teléfono y marca.) Sargento Gálvez, ¿es usted, verdad? Soy Isidra, la portera de... (Pausa.) Sí, la misma. Es que ahora sí que tengo un sospechoso de verdad. (Pausa.) No se burle: he estado atando cabos con todo lo que sé, y... (Pausa. Mosqueada.) Bueno, pues si quiere, se lo cree, y si no, tan amigos.... (Cuelga.) ¡Qué hombre tan estúpido! (Se sienta airada en una silla, ésta se vence hacia atrás, y está a punto de caerse. Se levanta de un salto.) ¡Ay, que casi me mato! (Vuelve a sentarse con cuidado.) Seguro que ahora, en cuanto beba el primer sorbo, aparece el sargento. Y no debería beber, pero ¡qué se le va a hacer! Al fin y al cabo hoy me toca, y ni el día ni yo tenemos la culpa de que él venga. Si es que viene, que me ha tomado a chungu... (Echa un trago largo.) ¡Pobre Mary Luz...! (Bebe otro sorbo, pensativa.) ¡Lo

que es el amor...! (*Da un respingo.*) Y hablando de eso, ¡aún no he abierto la carta de Dimitris! Aún no la he abierto y a lo mejor me dice que va a venir un día de estos, y yo sin saberlo. (*Se levanta de un salto.*) Y tendría que estar preparada por si acaso... Tendría que dejar de beber... ¡Voy a leerla ahora mismo...! ¡Dónde la puse...? ¡Ah,sí, donde las blusas! (*Se mete con la taza tras la cortinilla.*)

(*Entra CÉSAR en el portal hablando por el móvil, y se dirige al ascensor.*)

CÉSAR- ¿Avelina? Sí, ya he llegado. Estoy entrando en el portal. Bueno, miento. La verdad es que ya estoy esperando el ascensor. Sí, mi vida. ¡Qué ganas tengo de que estéis aquí conmigo! ¡Se me va a hacer eterna la semana que falta!

(*Durante la siguiente escena va cayendo la tarde y se enciende el farol.*)

(*Aparece el SARGENTO, atraviesa el portal, sube los escalones, y da tres golpes en la puerta abierta de la portería.*)

ISIDRA- (*Sale con cara de susto, aunque se relaja al ver al SARGENTO.*) ¡Ah, es usted! ¡Creía que era doña Cruz!

SARGENTO- (*Secamente.*) ¿Podemos hablar?

ISIDRA- Sí, claro. Siéntese usted tranquilamente. (*Le muestra una silla.*)

SARGENTO- (*Examina la silla con detenimiento.*) No, gracias. No me fío de que aguante mi peso. (*Saca la libreta y un bolígrafo. Hojea la libreta durante unos segundos, mientras carraspea amenazadoramente. Luego mira a ISIDRA.*) Tengo que informarla de que su situación no es nada fácil: nos ha ocultado datos durante varios días, se ha reservado para sí conclusiones propias de las que debería habernos informado... Una sarta de irregularidades que le puede traer muchos problemas.

ISIDRA- (*Consternada.*) ¡Vaya, por Dios!

SARGENTO- (*Alza su voz sobre la de ella.*) Y ahora me llama para contármelo todo de repente. Como comprenderá, no acabo de creérmelo, así que, antes de tomarle una declaración formal en la comisaría, he venido para que reconstruyamos los hechos entre los dos, y no complicar más su caso. Usted me va poniendo al corriente de lo que sepa, y yo lo contrasto con mis averiguaciones.

ISIDRA- (*Extrañada.*) Ah, pero ¿ya han averiguado algo?

SARGENTO- (*Con autosuficiencia.*) Por supuesto. Pero soy yo el que pregunta. Dice que tiene un sospechoso. Esta tarde también sospechaba de Pedro Benavides, y le han asesinado. Esperemos que el de ahora no corra la misma suerte... ¿Quién es?

ISIDRA- Un vecino de la casa.

SARGENTO- (*Da un respingo, aunque en seguida disimula su sorpresa simulando que está comprobando el dato en su libreta.*) Sí, un vecino, claro... Aquí lo tengo.

ISIDRA- (*Con aire de guasa.*) ¿Así que coincide conmigo? ¿Lo ha contrastado usted?

SARGENTO- ¡Ajá!

ISIDRA- (*Con fingida inocencia.*) Entonces sabrá a quién me refiero.

SARGENTO- Desde luego. (*Empieza a tomar notas a toda velocidad.*) ¡Ejem! ¿Qué la ha llevado a sospechar de él?

ISIDRA- ¿De don Amancio Utrera?

SARGENTO- (*Extrañado.*) ¿De don Amancio Utrera?

ISIDRA- Sí, claro. ¿O no era ése el que usted tenía contrastado?

SARGENTO- (*Duda unos instantes. Después se yergue. Con firmeza.*) Eso no es asunto suyo. Es usted la que debe contestarme a mí. ¿Por qué sospecha de él?

ISIDRA- Por varias cosas. Tenía que haberme dado cuenta antes. El mismo día de su muerte, doña Piedita se cruzó con él y con su hija Mary Luz en el portal, y al verlos se le cambió la cara. Vamos, que se puso muy nerviosa. Yo pensé que era por la chica, porque el padre se metió en seguida a mirar el buzón, y desde entonces me quedó el runrún de que Mary Luz podía estar complicada en el crimen. (*El SARGENTO toma nota.*) Pero no me pegaba, y ahora me acabo de dar cuenta de que quien había asustado a Piedita era don Amancio.

SARGENTO- Me estoy haciendo un lío. ¿Le importa que la grabe? (*Saca una grabadora del bolsillo.*)

ISIDRA- Pero esto, ¿quién lo va a escuchar? Porque si meto la pata...

SARGENTO- Nadie más que yo. Ya le digo que es para mi uso personal.

ISIDRA- (*Con ironía.*) ¡Ah, sí, que de ahí va a sacar usted sus conclusiones...!

SARGENTO- Mis conclusiones ya están sacadas. Sólo estoy...

ISIDRA- *(Con una sonrisa burlona.)* Contrastando.

SARGENTO- *(Muy serio.)* Eso es. *(Pone en marcha la grabadora.)* Puede seguir.

ISIDRA- El caso es que don Amancio debió de notar el susto que se había llevado la mujer, y por eso se quitó de su vista tan deprisa. A lo mejor al principio no la reconoció, pero luego debió de recordar que la había visto en el colegio de donde él se había llevado al niño...

SARGENTO- *(Con extrañeza.)* ¿Al niño?

ISIDRA- El niño que luego salía en la película de la que le hablé. Digo yo que sería el mismo, y por eso don Amancio tenía tanto interés en recuperarla... *(Mira al SARGENTO, que la observa a su vez boquiabierto.)* ¿Es que no sabe lo del niño? Era un huérfano que desapareció un buen día sin dejar rastro. Iba al colegio donde trabajaba Piedita, y también venía a las clases de catequesis a la iglesia de aquí al lado...

SARGENTO- ¿De dónde ha sacado todo eso?

ISIDRA- De Sonsoles, que limpia en casa de las sobri... En casa de Piedita y de su hermana. Me contó que Piedita insistía en que había un hombre merodeando por el colegio justo antes de que se perdiera el pobre crío... *(Burlona.)* ¿Es que no han hablado con Sonsoles? *(El SARGENTO asiente.)* Y entonces, ¿cómo no se han enterado?

SARGENTO- ¡Ejem! (*Grave.*) Porque nos faltan datos que usted nos ha estado ocultando.

ISIDRA- Los datos los tenían porque los responsables del colegio denunciaron la desaparición del niño. Y yo le dije lo de la película. No tenía más que unir las dos cosas...

SARGENTO- (*Sin amilanarse.*) ¡Y las he unido, señora! (*Hojea la libreta con aire de autosuficiencia.*) Estaba anotado por aquí...

ISIDRA- (*Con aire inocente.*) ¿Me deja verlo?

SARGENTO- (*Airado.*) ¡Por supuesto que no! Pero esté segura de que cuando usted va de ida yo ya estoy de vuelta. Siga, por favor.

ISIDRA- ¿Y para qué voy a gastar saliva, si ya lo tiene escrito usted?

SARGENTO- (*Fríamente.*) Porque su deber es colaborar con la justicia.

ISIDRA- (*Burlona.*) En ese caso no se hable más. La verdad es que yo también estaba hecha un lío hasta ahora. He sospechado del pobre mendigo, que pedía a la puerta de la iglesia, de Piedita, que llevaba a los niños a la catequesis... Y de los curas los primeros, claro.

SARGENTO- ¿Y por qué de los curas?

ISIDRA- (*Impaciente.*) ¿Es que no se da cuenta? Los sacerdotes de Santa Magdalena, sobre todo los que tienen más trato con los críos, pueden convencer a los más desvalidos para que se presten a hacer esas cosas. U obligarles.

SARGENTO- (*Con cara de desprecio.*) ¿No será usted atea?

ISIDRA- Sí, señor. Pero eso no tiene nada que ver con este asunto.

SARGENTO- Hay que tener respeto por las creencias de los demás, que ya estamos en una democracia. (*Agresivo.*) ¡Que Franco se ha muerto, señora!

ISIDRA- Pues no lo parece, porque fue él precisamente quien dio tantas alas a la iglesia, y así seguimos hasta el día de hoy.

SARGENTO- En el día de hoy, como usted dice, el mundo es diferente y respetamos más las tradiciones. No tenemos complejos... Y para mí la Iglesia es un tema sagrado.

ISIDRA- Si yo no digo que no haya curas santos, pero hay otros que se las traen... Por eso sospeché de ellos, aunque luego la cosa ha cambiado de rumbo. (*Con dignidad.*) Y mejor me callo, porque para meter la pata...

SARGENTO- *(De malhumor.)* Siga usted. Dice que Utrera reconoció a la víctima. ¿Qué pasó después?

ISIDRA- Que por la tarde volvió a verla, y la seguiría a “La Cueva”, digo yo...

SARGENTO- *(Con gesto del que se las sabe todas.)* Y ella entró allí a comprar tabaco.

ISIDRA- *(Imitando el gesto del SARGENTO.)* A comprar tabaco no, porque no fumaba. Ni ella ni su hermana.

SARGENTO- Pero el dueño del bar dijo...

ISIDRA- ¡Ese hombre no se entera! Le pediría cambio para el teléfono, y la entendería mal.

SARGENTO- *(Asombrado a su pesar.)* ¿Por qué está tan segura?

ISIDRA- Es que así todo encaja. El teléfono está pegado a los aseos, y, si la cosa ocurrió como yo le digo, después de matarla, le resultó muy fácil arrastrarla hasta allí.

SARGENTO- ¡Vaya! *(Se pone a jugar con el bolígrafo como si no le interesara qué es lo que encaja.)*

ISIDRA *cruza los brazos, cierra la boca y aprieta los labios. Sólo se oye el runruno de la grabadora en el silencio. El SARGENTO carraspea, incómodo.)* ¿Y qué hacía allí doña Piedad?

ISIDRA- Por lo visto le dijo a su hermana que se iba a comprar unos zapatos, pero debía de estar nerviosa la mujer dándole vueltas a su encuentro con don Amancio en el portal, conque cambió de opinión, y en vez de a la zapatería, volvió aquí...

SARGENTO- ¿Para qué?

ISIDRA- Supongo que para averiguar quién era él, mirando su nombre en los buzones. Desde luego, al piso de su tía no subió, porque estaba yo allí, así que, ¿qué iba a hacer a aquellas horas en la casa? Quería mucho a ese niño, y si creía que don Amancio tenía algo que ver con su desaparición, es natural que se tomara esas molestias.

SARGENTO- (*Lo admite de mala gana.*) Es posible, sí...

ISIDRA- (*Animándose.*) Y entonces la vio él, que se iba al trabajo. Casi siempre se queda por ahí a mediodía, pero aquel día vino a comer a casa, y se encontró a doña Piedita al entrar con Mary Luz, y se la volvió a encontrar al salir luego él solo.

SARGENTO- (*Con superioridad.*) Son demasiadas casualidades juntas.

ISIDRA- Las casualidades son muy frecuentes en la vida. (*Con retintín.*) A lo mejor no se ha fijado usted, porque esas cosas se aprenden con los años. El caso es que, según yo me imagino, doña Piedita salió del

portal y él la siguió y se puso a hablar con ella para tantear hasta dónde sabía de sus tejemanejes. Y ella, al tenerle de frente, a lo mejor perdió los estribos acordándose del niño, y le soltó cualquier cosa, y él, para amedrentarla, le diría que era abogado y que le estaba calumniando.

SARGENTO- ¡Vaya imaginación que tiene usted!

ISIDRA- O a lo mejor no hablaron, pero a doña Piedita le entró miedo al verle tras ella, con lo solitaria que es esta calle a esas horas, y se refugió en el bar. (*El SARGENTO, preocupado, comprueba que la grabadora sigue en funcionamiento.*) Y, al verse ya a salvo, le pidió al camarero cambio para el teléfono. Seguramente iba a contarle a su hermana el susto que acababa de pasar.

SARGENTO- ¿Y por qué no usó el móvil?

ISIDRA- Primero, porque el fijo era un pretexto para entrar en el bar. Y segundo, porque a lo mejor no tenía móvil, o no quería perder tiempo buscando las gafas para ver los números...

SARGENTO- (*Con aire de revancha.*) ¡Eso sería! A partir de cierta edad se ve muy mal de cerca.

ISIDRA- (*Soberbia.*) Es un pequeño fallo a cambio de otras ventajas. Si con todo lo que saben las personas mayores por experiencia, encima tuvieran buena vista, no dejaban que los jóvenes asomaran la cabeza.

SARGENTO- (*Con énfasis.*) ¡El mundo es de los jó...!
(*Se interrumpe.*) Bueno, continúe con su versión.

ISIDRA- El caso es que ella se metió en “La Cueva”, y él esperó fuera a ver qué pasaba, y cuando Eulogio volvió a la cocina, aprovechando que doña Piedita estaría marcando cara a la pared, la atacó por detrás, la estranguló y la arrastró al servicio.

SARGENTO- (*Encantado de su propia perspicacia.*) Incluso pudo estrangularla con el cable... Luego me miraré el informe del forense a ver qué dice...

ISIDRA- (*Con chunga.*) Los policías de las películas es eso lo primero que miran...

SARGENTO- Pero yo soy un policía de verdad. Además, lo que dice usted no se sostiene, porque ¿cómo es que la víctima no gritó pidiendo auxilio?

ISIDRA- A lo mejor gritó, pero con el jaleo de la cocina, no la oirían... O puede que él le tapara la boca antes de que le diera tiempo...

SARGENTO- (*Frotándose las manos.*) Habrá que comprobarlo. En fin, que no anda usted muy desencaminada. Su hipótesis coincide en muchos puntos con la mía... A grandes rasgos, ¿eh?, y con muchos errores...

ISIDRA- (*Burlona.*) No me puedo poner a la altura de una generación tan privilegiada como la suya, pero hago lo que puedo. Entonces, ¿va a detener a don Amancio?

SARGENTO- (*Con aire de superioridad.*) ¿Quién ha dado orden de detenerle? Lo que voy a hacer es hablar con él igual que ahora estoy hablando con usted. De todos modos, si el señor Utrera tiene algo que decirnos, antes o después acabará por confesarlo todo clarito y con buena letra.

ISIDRA- (*Alarmada.*) ¿No le irán a...? ¿A hacer algo para que confiese...?

SARGENTO- ¿A torturar? No, señora. Ya no se usan esos métodos. Además, este individuo es abogado y se las sabe todas. Por ejemplo, que tendrá una condena menor si colabora con nosotros... (*Con interés.*) ¿Y qué me dice del asesinato de Benavides? ¿También se ha formado sus hipótesis?

ISIDRA- Sí, pero como usted ya tendrá la solución, no me atrevo a contarle la mía, no vaya a ser que me equivoque y le dé el doble de trabajo.

SARGENTO- (*Carraspeando.*) Por mí no se preocupe. Diga lo que sepa, y ya veremos...

ISIDRA- (*Muy tiesa.*) Sigo entonces: este Amancio, o algún cómplice suyo, grababan películas pornográficas con niños, y Mary Luz, su hija, cogió una de ellas del coche de su padre...

SARGENTO- ¿Para qué?

ISIDRA- Me imagino que para que no lo pisaran al sentarse. ¡Es de cajón! Si asomaba debajo del asiento... Lo que pasa es que, en vez de dárselo directamente a él, se lo llevó a mi piso, al cuarto, donde había quedado con su amigo...

SARGENTO- ¿Con qué amigo?

ISIDRA- Con el mendigo. Con el señor Benavides. Se veían allí a espaldas mías, y, con las emociones, se le olvidó coger el disco...

SARGENTO- ¡Pues vaya un despiste!

ISIDRA- Como la chica no sabía lo que tenía grabado, no le dio importancia... Después, cuando su padre descubrió que el disco no estaba en el coche, sospechó que lo había cogido ella y le entró miedo de que hubiera visto el contenido, así que le explicó que era una película pornográfica que le había prestado un compañero y le pidió que no se lo contara a su mujer.

SARGENTO- ¿Y por qué no se la devolvió Mary Luz? (*Sonriendo.*) Ahí ha fallado usted, y ese fallo echa por tierra su teoría...

ISIDRA- (*Muy segura de sí misma.*) No se la devolvió porque no podía explicarle a su padre que se la había dejado en mi piso cuando se acostó con el mendigo. Así que, para salir del paso, le dije que no lo había visto, aunque pensaba recobrarla y entregársela. Por eso al día siguiente se la pidió a su amiguito...

SARGENTO- (*Se asegura de que la grabadora está en marcha.*) A Benavides.

ISIDRA- Eso. Y debió de insistir mucho, tanto que él se olió que el disco contenía algo de vital importancia para don Amancio y quiso hincarle el diente. Por eso vino a reclamármelo a mí, y a mí me entró miedo y lo tiré...

SARGENTO (*Tarda unos segundos en asimilar la información.*) Con lo cual nos dejó sin la prueba principal. Peor aún: se inculpa usted a sí misma, ya que fue la última que tuvo el disco en su mano.

ISIDRA- ¡Pero ya le he dicho que se lo llevó el mendigo! Debió de sacarlo de la papelera, y después, cuando comprobó en qué consistía la película, llamaría a su dueño, a don Amancio, para chantajearle, y eso le costó la vida... ¿No cree usted?

SARGENTO- (*Frunce las cejas con aire de superioridad.*) Los hechos son los hechos, y demuestran que Benavides fue el agresor. De acuerdo con nuestros informes, extraídos de las circunstancias de su

muerte, el chantajeado, suponiendo que sea Amancio Utrera, accedió a pagar a cambio de la película, y citó al chantajista en un descampado a las afueras. Benavides, que era más avisado, se había llevado un cuchillo por si las moscas, y en un momento dado lo sacó para atacarle. Hubo un forcejeo y al final el otro se lo quitó y le mató en defensa propia. Y esto sí que está probado y comprobado por nosotros, porque tenemos el arma del crimen.

ISIDRA- (*Con vanidad.*) En el fondo es más o menos lo que yo decía... ¿Y cómo han averiguado todo eso?

SARGENTO- Porque cuando encontramos a Benavides aún llevaba la película encima. O, mejor dicho, debajo de los calzoncillos. Se la habría metido allí por precaución, y se conoce que el asesino, asustado de haberle acuchillado, salió corriendo sin acordarse de ella.

ISIDRA- (*Pensativa.*) O pensó que muerto el perro se acabó la rabia, y que nadie iba a relacionarle a él ni con el disco ni con el mendigo.

SARGENTO- (*Con aire de guasa.*) ¡Muy aguda!

ISIDRA- ¿Y al niño de la película, lo han encontrado?

SARGENTO- Al niño le encontraremos, no le quepa la menor duda. En cuanto empecemos a tirar del hilo, irá saliendo todo poco a poco. Las redes estas...

ISIDRA- *(Le interrumpe, inquieta.)* Disculpe, pero si ha sido en defensa propia, ¿a don Amancio le pondrán menos condena?

SARGENTO- Por este homicidio, sí. Luego le queda todo lo demás: abuso de menores, y quizá también el crimen de "La Cueva". Bien juzgado, le caen un montón de años. *(Cierra la libreta, apaga la grabadora, y se lo guarda todo en el bolsillo, dispuesto a irse.)*

ISIDRA- ¡Espere! *(Se levanta.)* ¿Cómo está tan seguro de que fue en defensa propia?

SARGENTO- Porque el cuchillo era de Benavides. *(Se dirige a la puerta.)* Hay un coche patrulla vigilando la casa, así que no se asuste si lo ve. Y ahora vendrá un compañero para llevarla a usted a la comisaría a que firme su declaración. Si me disculpa... Tengo que redactar mi informe...

ISIDRA- *(Con firmeza.)* ¡Deje de pensar tanto en usted mismo! *(El SARGENTO se detiene y la mira sorprendido.)* ¿Por qué sabe que el cuchillo era de Benavides?

SARGENTO- *(Impaciente.)* Porque era uno de esos viejos de cocina, y además tenía sus huellas.

ISIDRA- Pero cuchillos viejos los hay también en las mejores casas. Se acostumbra la mano y da pena tirarlos, mientras corten... Ya lo verá usted con el

tiempo... Y las huellas ¿no las pudo marcar el propio don Amancio apretando los dedos del mendigo alrededor del mango, como hacen en las películas?

SARGENTO- (*Crispado.*) Me parece que se está usted metiendo en camisa de once varas. Eso es trabajo del forense, y será lo que ponga él en su informe.

ISIDRA- ¿Y qué pone?

SARGENTO- (*Con petulancia.*) Naturalmente es secreto.

ISIDRA- ¿Y si luego resulta que tengo yo razón? Aunque el mendigo haya muerto y no le vaya a aprovechar que el tal Amancio pase unos años más en la cárcel, está en juego su honra, que es lo único que queda de nosotros....

SARGENTO- (*Confundido.*) ¿Qué quiere usted decir?

ISIDRA- Que el hombre tendría sus defectos, pero seguramente no era un asesino ni se le había pasado por las mientes matar a nadie. Y el día de su asesinato, don Amancio llevaba unos guantes asomando por el bolsillo, y no hacía frío para llevar guantes... Es como si saliera preparado...

SARGENTO- ¿Y cómo no me lo ha dicho hasta ahora?

ISIDRA- De momento no caía... Pero pudo ser así, ¿verdad?

SARGENTO- No lo sé. La mayor parte de sus suposiciones no se tienen de pie... Excepto las que coinciden con los datos que yo traía de antes, claro.

ISIDRA- *(Burlona.)* Claro, claro... ¡Como traía usted tantos datos...!

SARGENTO- *(Se encoge de hombros.)* Por cierto, cuando haga la declaración, no es necesario que repita todo lo que me ha dicho. Yo le iré preguntando lo que me parezca pertinente, y después ya escribiré mi propio informe.

ISIDRA- *(Con candor.)* ¿Con lo que le he contado yo?

SARGENTO- *(Indignado.)* Con mi trabajo y mi experiencia como agente de la ley por supuesto. ¿Cómo se le ha ocurrido que voy a basarme en sus hipótesis?

ISIDRA- No sé. Como es usted un joven con tanta ambición, igual no le hace ascos a nada. Ni siquiera a las ocurrencias de una antigualla como yo, que vivo en un tiempo que no es mío... *(El SARGENTO la mira de través y sale al portal y desde allí a la calle.)*

ISIDRA- (*Saca la lengua por donde ha desaparecido el SARGENTO.*) ¡Anda, guapo, que te vas con el caso resuelto, y no sabías ni por dónde empezar! En fin, a ver si ahora puedo cerrar el chiringuito y leer la carta de Dimitris... (*Cierra una hoja de la puerta del portal, luego la otra, y en ese momento aparece CRUZ y da con los nudillos. ISIDRA abre una de las puertas.*)

CRUZ- (*Airada.*) ¿Cómo ha cerrado usted? ¡Aún no son las ocho!

(*Suenan ocho campanadas lejanas.*)

ISIDRA- Las están dando ahora.

CRUZ- Del reloj de Santa Magdalena no puede una fiarse... Espere cinco minutos, no vaya a llegar algún vecino sin llave... (*ISIDRA vuelve a abrir las dos hojas suspirando. Entra CRUZ en el portal y ISIDRA detrás.*) Me alegro de pillarla a tiempo. Vengo a darle una sorpresa.

ISIDRA- (*Incrédula.*) ¿A mí?

CRUZ- He estado merendando con doña Isabelita, la hija de don Cosme, y su marido. ¡Qué pareja tan encantadora! En fin, a lo que vamos: viven en Sigüenza, pero piensan trasladarse a Madrid, y se han interesado mucho por su hostel...

ISIDRA- (*Vivamente.*) ¿De verdad? ¡Qué bien! Eso es lo que necesito: que conozca el hostel gente más joven. Porque don Ildefonso con todos mis respetos, ¡va a darme una trabajera...! (*Se queda cortada.*) En fin, que le agradezco que se haya acordado de mí.

CRUZ- No tiene que agradecermelo. Ha surgido en la conversación, hablando precisamente de don Ildefonso... Por cierto, se lo llevaré mañana a primera hora, porque tengo el billete para el tren de las dos... ¿Le viene bien?

ISIDRA- (*Indignada.*) ¡Le dije que hasta el lunes...! (*Se dulcifica.*) ¡Bueno, sí, tráigamelo cuando le venga bien. Después del favor que me ha hecho usted, no la voy a dejar ahora colgada. Y entonces, los hijos de don Cosme, ¿van a instalarse aquí?

CRUZ- Eso parece. Vendrán este fin de semana para acabar de concretarlo todo.

ISIDRA- (*Hace sus cálculos.*) Pues de momento tendrán que arreglárselas con el sofá cama que me ha dado Dolores...

CRUZ- (*Sorprendida.*) ¿Quiénes tendrán que arreglárselas?

ISIDRA- (*Extrañada a su vez.*) Los hijos de don Cosme...

CRUZ- ¡Pero Isidra, no me ha entendido usted! ¡Ellos van a instalarse en el piso de su padre! ¡Es don Cosme el que se va a la pensión!

ISIDRA- (*Horrorizada.*) ¿Don Cosme?

CRUZ- Sólo temporalmente, como don Ildefonso. (*Sube las escaleras y llama al ascensor.*) Supongo que hasta que sus hijos arreglen la casa a su gusto y se traigan sus muebles y sus cosas...

ISIDRA- (*Fuera de sí.*) ¡Pero señora...! ¡Que es un hostel y no un asilo!

CRUZ- (*Impertérrita.*) Precisamente. A un asilo nunca le llevarían. Y, como dicen ellos, dónde mejor iba a estar don Cosme que con usted, con el cariño que la tiene... (*Se mete en el ascensor.*) Buenas noches, Isidra. (*Ruido lastimoso del ascensor al subir.*)

ISIDRA- (*Al ascensor.*) ¡Lástima que no se te partiera el cable! (*Cierra las puertas del portal, mientras refunfuña.*) ¡No sé cómo se las arregla esta mujer, que te deja tan petrificada que no te da tiempo ni a protestar! ¡Hay que ver qué maña tienen los ricos para manejar al personal! ¡Como van con la seguridad de nadie les va a replicar...! ¡Pues conmigo no le va a valer de nada! En cuanto vuelva a verla, le canto las cuarenta. (*Dubitativa.*) Claro que ¿cómo voy a negarle un cuarto a don Cosme, con lo que yo le aprecio, después de dar asilo a don Ildefonso...? (*Se mete tras la cortinilla.*)

(Se oscurece la noche en la calle. ISIDRA sale con una vela, una botella de vino, una copa, y un sobre. Lo deja todo sobre la mesa y enciende la vela.)

ISIDRA- *(Suspira.)* ¡Ay, qué lástima! ¡Pensar que mi casa, la primera que tengo, se va a convertir en un asilo de ancianos antes de que pueda disfrutarla un poquito! *(Se sirve vino.)* En fin, por lo menos puedo beber en copa, y no en la taza esa, que, quieras que no, sabe el vino a infusión... Voy a aprovechar esta luz para leer la carta de Dimitris, que con una vela parece que los ausentes se acercan... *(Coge el sobre, va a abrirlo, y se arrepiente en el último momento. Levanta la copa con la otra mano, y mira alternativamente uno y otra. Confusa.)* La verdad es que no sé qué hacer antes, si dar el primer sorbo o abrir el sobre... “Sobre” y “sorbo”, son palabras casi iguales, y las dos llenas de misterio: no sabes lo que te vas a encontrar al acabar... *(Bebe un trago y aprieta el sobre contra el pecho.)* ¡Por el dios del vino! ¡Que me dé buena suerte! *(Deja la copa, coge el sobre, lo rasga y atisba su interior.)* ¡Una foto! ¡Me manda una foto! Ahora se moverán sus ojos bailando con el baile de la llama, y será como si me mirara de verdad... *(Saca del sobre una foto y un papel doblado. Mira la primera. Perpleja.)* ¡Huy Dimitris, tan elegante...! Y ésta que está con él, tan llena de puntillas, ¿quién es? *(Coloca la foto bajo la vela para verla mejor.)* ¡Parece una boda! *(Tira la foto sobre la mesa, da la luz eléctrica, desdobra el*

papel y lo lee con voz quebrada.) “Como digo a ti, casar con Katirini...” (Alza los ojos del papel. Desolada.) ¡Casar con Katirini! (Se bebe la copa de un trago, y vuelve a mirar alternativamente el papel y la foto.) Y el caso es que me suena a mí la Katirini esa, pero yo había pensado que era una novia del pasado, y que donde él volvía era al mar... Claro que quizá sea culpa mía. ¡Como no le entendía la mitad de las cosas...! (Vuelve a leer.) “Yo nunca olvido a te, hasta que yo muerto...” (Alza los ojos) ¡Pues mira qué bien! (Se echa a llorar. Después apaga la luz eléctrica, y, a la luz de la vela, se sirve otra copa, y la levanta.) ¡Por ti, Dimitris, a pesar de que te hayas casado con otra! (Mira la copa en alto.) Aunque ésta ya no me la voy a beber. (La deja sobre la mesa.) ¡Que se fastidien todos! ¡Ahora me toca a mí hacerme la fuerte...!

TELÓN